

EL ISLAM: UNA POLÍTICA

Por CARLOS ECHEVARRÍA JESÚS

*Investigación del Departamento de Estudios Internacionales.
Universidad Complutense de Madrid*

*Si el Islam no es política no es nada.
(Palabras del imam Jomeini a la ciudad
santa de Qom).*

El Islam y su protagonismo político

Desde las islas Filipinas hasta el océano Atlántico hay un fenómeno que viene despertando interés en los últimos años: se trata de una religión, el Islam, y, sobre todo, de una intensa actividad política ligada a ella que recibe diversas denominaciones —integrismo, fundamentalismo o islamismo—. Más de la quinta parte de la población mundial, es decir, unos 1.000.000.000 de personas, profesan una religión cuya plena actualidad les ha sacado de ese segundo plano en la escena internacional al que estaban relegados. De hecho, para muchos analistas, el integrismo islámico es un movimiento de recuperación cuyo origen se sitúa a principios del siglo XX y que, en el momento actual, se perfila ya como la última gran ideología de la presente centuria.

El integrismo islámico se nos aparece como movimiento de recuperación de lo propio, de la identidad perdida, y como instrumento de rechazo a la omnipresencia de la cultura occidental, secuela del colonialismo. Para el pensador francés Roger Garaudy, convertido al Islam, no hay peor integrismo que el occidental, que quiere erigirse en única cultura e imponérsela al resto del mundo. Ello explica en gran medida los recelos y temores que encontramos en Occidente ante su expansión y hoy puede

decirse que esta variante particular de los integristas ha tomado ya el relevo a la ideología comunista en el orden de preocupaciones del mundo occidental, sobre todo tras su impulso a partir de la guerra contra Irak del año 1991. Por otro lado tal percepción no nos debe de sorprender si tenemos en cuenta la disminución progresiva de la influencia de la religión en Occidente, algo que impide a muchos apreciar el valor político de las creencias religiosas en el mundo islámico.

Una respuesta a las humillaciones

El fenómeno que estudiamos aquí es radicalmente distinto de la religiosidad tradicional. No es exagerado decir que el Islam como religión y como cultura ha salvado la identidad tantas veces amenazada a lo largo de su historia de los pueblos árabes y musulmanes. Hay que resaltar también que, como afirma el analista francés Claude Liauzu, «la fascinación occidental por el islamismo radical nos hace ignorar la diversidad de caminos y tentativas de reencontrar el acceso a la universidad y la reapropiación de sí mismos de estos pueblos» (1). Hay pues que distinguir entre las organizaciones religiosas que practican el proselitismo con medios pacíficos, los partidos y movimientos políticos de carácter islamista o integrista (FIS argelino, Hermanos Musulmanes egipcios o jordanos) y, por último, las organizaciones integristas que practican la violencia (Yihad Islámica).

Lo que pretendemos analizar aquí es ese fenómeno integrista, ese seísmo religioso, que parte de la situación creada en la sociedad árabe por los cambios producidos tras la Primera Guerra Mundial, y que supone una vuelta a las fuentes para transformar el presente y preparar el porvenir. Es preciso recordar que históricamente fue el Islam el motor que consiguió unir a los árabes y les llevó a conquistar el mundo. El integristismo como movimiento de recuperación hunde sus raíces en el siglo XIX —con la Nahda— pero no es hasta el siglo siguiente cuando toma auténtica carta de naturaleza. Las expansiones coloniales decimonónicas fueron percibidas por estas sociedades como nuevas Cruzadas y la restauración de la tradición como un arma para resistirse a esas nuevas influencias foráneas.

El Imperio Otomano, en su enorme extensión, sufría durante el siglo XIX de conflictos internos constantes. Límitrofe con poderosos Imperios como Rusia o Austria vivía en estado de tensión permanente, y su maquinaria burocrática no daba de sí para administrar los extensos territorios sometidos a su jurisdicción. Esa burocracia autoritaria se había desgastado en el siglo

(1) LIAUZU, CLAUDE. *L'Islam de l'Occident*. París, Arcantere, 1989, p. 39.

XVII en su lucha contra los cristianos de Europa Central y en adelante habría de sufrir los ataques de Occidente y los de Rusia. Desde el siglo XVIII Europa le acosaba no sólo con las armas sino también con sus mercancías, que inundaban los puertos con productos manufacturados occidentales (régimen de Capitulaciones). El mundo musulmán perdía así y en diversos ámbitos su antigua vitalidad.

En esta debilitada potencia descansaba la titularidad del Califato, la concentración del poder terrenal para todos los musulmanes. Según Bernard Lewis lo que posibilitó el uso otomano de tal título fue el gran poder naval y militar de este Imperio y su papel como barrera islámica frente a la Europa cristiana y frente al Irán shiíta (2). El Califato era, desde el punto de vista del derecho de gentes, la única institución resaltante del Islam. Establecida a la muerte de Mahoma, la figura del califa, el vicario de Dios en la Tierra, representaba a la autoridad que reemplaza al Profeta en la doble misión de defender la fe y gobernar el mundo. Su autoridad era general, extendiéndose a toda la tierra del Islam donde, teóricamente, sólo podía haber uno ya que su autoridad era indivisible. Aunque hubo períodos en los que tal unidad no se mantuvo —un califa en Bagdad, otro en Córdoba y un tercero en El Cairo— desde el año 1520 el Sultán turco estuvo investido también del Califato, algo que aparece formalmente recogido en la Constitución de 1876, y así hasta 1924, año en el que Kemal Atatürk lo abolió quedando vacante hasta hoy.

Pero esta titularidad unitaria del Califato no implicaba en absoluto una homogeneidad de tipo religioso y así podemos traer a colación al surgimiento del wahabismo en Arabia Saudí durante el siglo XVIII, como respuesta a la relajación de costumbres en el Imperio Otomano.

Hostigado por Europa desde el siglo XVI había permanecido al margen de las corrientes modernizadoras y de los sucesivos avances científicos. Así, cuando se produce durante el siglo XIX la penetración de Francia, Gran Bretaña y luego Alemania —que propaga el panislamismo a través de su aliado turco para debilitar las posiciones francesas y británicas en la región— en los territorios controlados por la Sublime Puerta, todos ellos, salvo Egipto, se encontraban sumidos en una situación de marginación y de atraso que tampoco sus nuevos ocupantes pretendían modificar. Estas poblaciones no habían conocido ni revoluciones burguesas como la francesa del año 1789, ni industriales como la inglesa ni filosóficas como la alemana. Habían asistido al aniquilamiento progresivo de su cultura tanto

(2) LEWIS BERNARD. *El lenguaje político del Islam*. Madrid, Taurus, 1990, p. 87.

durante los siglos en los que los otomanos se habían infiltrado en el poder árabe llegando finalmente a dominarlo, como durante las décadas de colonización occidental. Los otomanos habían contribuido al aletargamiento cultural pero pronto iban a surgir respuestas a esta situación con los nacionalismos (3).

La situación de postración material era así un hecho. Desde la Baja Edad Media ningún gran filósofo, médico, inventor o descubridor había salido de esta órbita. Por otro lado, junto a esta ausencia de saberes especulativos y experimentales, tampoco se habían dado en el Islam las discusiones teológicas que sí había vivido el cristianismo (Reforma, Contrarreforma, etc).

A esa población humillada y con unas creencias ancladas en el pasado, se le impondrían con el tiempo unos modelos de Estado moderno que en Europa surgieron como forma de organización política en el siglo XVI y que habían superado ya etapas marcadas por revoluciones y por reformas que sus nuevos titulares no habían tenido ocasión de conocer. Durante el siglo XIX se calcan sistemas constitucionales para copiar con ello los modelos occidentales de libertad y progreso: la tunecina de enero del año 1861 fue la primera Constitución de un país musulmán; le siguieron la turca de diciembre del año 1876; Egipto, con su primera Constitución escrita, en 1882; e Irán, con la Constitución firmada con desgana por el Sha en 1906. Desde dentro del antiguo Imperio Otomano surgió ya en pleno siglo XX un movimiento renovador, el *kemalismo*, que con métodos autoritarios y una política marcadamente anticlerical iba a reforzar, involuntariamente, esas corrientes de recuperación a las que nos referíamos anteriormente.

Frente a esa occidentalización propia o foránea, percibidas como humillante para el sentir de los buenos musulmanes fieles a la tradición, se irían alzando sectores tradicionalistas como los propios wahabitas, los sunnitas clásico o un grupo como el de los Hermanos Musulmanes, nacido en Egipto en el año 1928 y fundado por un maestro de escuela, Hassan al Banna, que empieza su lucha en el año 1936. Es precisamente aquí, en el «país de los Faraones», uno de los que más se había dejado influenciar a lo largo del siglo XIX por las corrientes occidentalizadoras, donde surgen el fenómeno islamista. El objetivo de los Hermanos Musulmanes era el de establecer una sociedad regida por el Islam y el asesinato de su líder en el año 1949 los estancó ideológicamente, pero no los hizo desaparecer.

Egipto constituía un Estado fuerte y moderno desde que en el año 1839 Mohamed Alí arrancara al Sultán otomano el título de Jedive de Egipto para

(3) SOURDEN, DOMINIQUE. *L'Islam*. París, Presses Universitaires de France, 15^{eme} éd., 1988 p. 33.

él y para sus sucesores. La apertura del canal de Suez en el año 1869 va a darle al país una importancia de primer orden a los ojos de Occidente. Ese Egipto, único caso en el mundo árabe que se había beneficiado de la oleada civilizadora de fines del siglo XIX, y por esto mismo occidentalizado, va a ser el escenario en el que se produzca el nacimiento de la asociación decana de las organizaciones de carácter islamista: una muestra bien expresiva del carácter de respuesta del fenómeno que aquí estudiamos. La postración material de la población les llevó a rechazar las prácticas importadas de Occidente: secularización, competitividad, pluralismo político.

Desde el punto de vista de las fuentes, los precursores de las corrientes actuales salen de la misma figura, Ahmed Ibn Taymyya, el maestro espiritual del islamismo, un pensador del siglo XIII puesto de moda de nuevo y que, entre otras cosas, justificaba el actuar contra los malos musulmanes. Anterior a él tenemos la figura de Ibn Hanbal, un teólogo del Bagdad del siglo IX que defendió el retorno a la pureza islámica original, criticó el lujo y se hizo responsable del movimiento *salaiyya* (ancestral), antepasado del integristismo moderno (4). Después de ellos han habido figuras más modernas como son: Mohamed Abdelwahab, que funda en Arabia la corriente del wahabismo; otra corriente, posterior al reinado de Mohamed Alí (1804-1849) en Egipto, la Nahda, ya citada anteriormente, el movimiento salafí inspirado por Jamal al-Din al Afghani (1839-1897) y por su discípulo Mohamed Abdoh (1849-1905) que quiere restaurar la *Umma* y no la nación en su significado occidental. Otras figuras que cabe resaltar sería Mohamed Ahmed (cabecilla del mahdismo en Sudán), Mohamed El Senussi en Libia, Ben Badis en Argelia, Hassan el-Banna en Egipto. Todas ellas postularon la necesidad de volver a las fuentes, surgieron en momentos de vacío de pensamiento y de acción y todas nacieron en el seno del mundo árabe lo que nos lleva a desarrollar este punto.

Sin el nacimiento y la expansión del Islam, el mundo árabe tal y como lo conocemos hoy no hubiera existido. El mundo árabe ha sido según Robert Payne «el principal heredero del Islam» (5). Árabe es una noción política, cultural y lingüística fermentada por el Islam. Aunque la cultura islámica no es exclusivamente árabe —hay un gran protagonismo también por parte de los persas, de los turcos, y, más recientemente, de otros pueblos— los países árabes fueron los más ampliamente conformados por ella. Así su conciencia colectiva actual está determinada por ese sentimiento de que la civilización árabe del Califato, en su significado más amplio, constituye su

(4) ABDELKEFI, MOHAMED. *Los árabes ¿por qué?* Madrid, Edición Al Kitab, 1991, p. 81.

(5) PAYNE, ROBERT. *La espada del Islam*. Barcelona, Caralt, 1977, p. 335.

herencia común, y que la influencia básica de su vida culturales la *Umma al islamiia* o comunidad de los creyentes.

Hay un proceso de nacionalización progresiva del Islam que pasa a lo largo de la Historia por las manos de árabes, persas y turcos, tres pueblos sobre los que se ha concentrado históricamente la representación simbólica de todo el Islam. Hoy el mundo árabe, en cuyo seno nació el Islam, centraliza y a veces parece monopolizar la atención a la hora de hablar de este tema. Lo que ayudó a que cristalizara la entidad árabe en el seno del conjunto musulmán fue la reacción suscitada contra el proyecto colonizador. Tras la Segunda Guerra Mundial los cambios introducidos en la sociedad internacional precipitan la liberación dentro del mundo musulmán.

Perdida su antigua vitalidad durante la duración turca, los árabes la recuperan para emprender esta lucha anticolonial. En este combate se pertrecharon muchas veces de armas ideológicas procedentes de la propia cultura europea —pensemos en la ideología baazista de los regímenes autoritarios de Siria e Irak, de gran contenido socialista, y creada por un cristiano— e incluso lucharon bajo la bandera del nacionalismo, extraño también al universo de la *Umma* como oportunidad de los creyentes, a la que la idea de frontera le debería en principio ser ajena. Pero a pesar de ello la presencia del Islam siempre sería perceptible: del lado de los países aparentemente afines al bloque comunista como freno ideológico a la expansión del ateísmo, y del lado de los países prooccidentales para frenar las ideas secularizadoras.

Aún cuando ha existido un nacionalismo árabe global y paralelamente se ha asumido el modelo estatal occidental, ni en el primer caso ni en los otros se puede hablar de realidades plenamente seculares como en Occidente se ha venido pensando, salvo quizás en los regímenes dictatoriales de Siria e Irak. No hay que olvidar que hoy el integrismo islámico es una etapa suprema del nacionalismo árabe, cuyo funeral habían situado algunos tras la derrota del año 1967 y la posterior muerte de Nasser en el año 1970. Aunque los principales teóricos del nacionalismo árabe fueron cristianos como Michel Aflak (ideólogo del baazismo) hoy puede hablarse perfectamente de una simbiosis nacionalismo árabe-islamismo, especialmente después del conflicto del Golfo.

Según Paul Balta el Islam jugó un doble papel a fines del siglo XIX y durante la primera mitad del XX: constituyó un freno a la penetración colonial, y fue el animador, como religión del Tercer Mundo, de las luchas de liberación basadas en ideologías modernistas: el baazismo, el nasserismo, el burguibismo (fundación del Partido Neo-Destur en el año 1934), la Estrella Norteafricana

(creada en el año 1926 y de la que saldrá el FLN argelino). Según Balta en la frontera entre el nacionalismo árabe y la *salafiyya* estuvieron hombres como el argelino Ben Badis, el marroquí Allal el-Fassi, y más recientemente el propio Gaddafi (6). Frente a esa corriente sitúa Balta a los Hermanos Musulmanes, rivales irreductibles del nacionalismo moderno y laico: modernizadores frente a integristas.

Pero aquel pasado esplendoroso de la civilización árabe-islámica que muchos idealizan hoy, queda muy atrás en el tiempo. Desde la muerte del Profeta en el año 632 la historia del mundo musulmán ha estado jalonada de guerras en nombre de la ortodoxia y de oscilaciones entre el afán unificador y la preponderancia de los regionalismos. El afán de unirse ha hecho soñar a los integristas con el período de los cuatro primeros Califas (632-661) que gobernaron en Medina, la «Edad de Oro» de su ideal político. Luego vino el cisma musulmán entre el sunnismo y el shiismo, las guerras civiles y la decadencia otomana —que durante cuatro siglos no hizo más que dar una endeble estabilidad al mundo árabe—. A continuación vinieron situaciones como el dominio de los mandatos británico y francés, la herida siempre abierta de Palestina, y la inclusión en las últimas décadas en los esquemas de la guerra fría, ataques todos ellos que se viven en el sentir de las masas árabes.

Esa humillación se sufre ante el arrogante Occidente, que es visto como el principal obstáculo a la consecución de la tan ansiada unidad árabe. Por ello aquel árabe o musulmán que copia el modelo occidental es tildado de impío y de atentar contra el Islam, y los más extremistas pueden llegar a invocar contra él la *yihad* por no someterse a la palabra de Alá (los cuatro asesinos del presidente Sadat justificaron así el magnicidio): Nicolás Roser Nebot recuerda como la supresión del Califato en el año 1924 por Mustafá Kemal supuso un golpe psicológico para el conjunto del mundo islámico «pues con ello desaparecía la única institución que, en las mentes de todos y a pesar de sus deficiencias y lejanía del modelo original en la letra y en el espíritu, ofrecía un marco legal donde llevar a la práctica una política islámica» (7).

A fines del siglo XIX y principios del XX las corrientes islamistas que iban surgiendo tenían tres tendencias principales: unos rechazaban totalmente todo lo occidental como colonialista, otros lo aceptaban en su versión civilizadora, y, por último, otros intentaban conciliar las dos anteriores (8). Los primeros movimientos de resistencia a la expansión colonial europea

(6) BALTA, PAUL. *L'Islam dans le monde*. París, Le Monde Editions, 1991, pp. 25-26.

(7) ROSER NEBOT, NICOLÁS. «El integrismo del Islam: Occidente ante el psicoanalista» Madrid, *Encuentro islamo-cristiano*, núm. 232, agosto 1991, p. 10.

(8) ABDELDEFI, M. *Op. cit.*, p. 83.

fueron religiosos en su inspiración e ideología; posteriormente incluirían otros conceptos —antiimperialismo, libertad, independencia nacional— todos ellos importados. El régimen a combatir ya no era infiel sino extranjero o colonialista y el propio Sultán otomano, hasta entonces autoridad religiosa, pasó a ser percibido como un imperialista extranjero. Cuando en el año 1914 el Imperio Otomano llamó a la *yihad* contra los aliados, fracasó rotundamente en su intento de levantar a los soldados musulmanes de los ejércitos imperiales británico, francés y ruso contra sus mandos europeos; las ideologías occidentales habían fomentado enormemente la separación entre religión y política incluso en Oriente. El mundo árabe copió de Occidente la idea de nación y en ella se irán inscribiendo proyectos como la Gran Siria o el Gran Marruecos; las apetencias territoriales de Irak que miran a la época dorada de Nabucodonosor; la República Árabe Unida que fracasara al observar Siria que Egipto trataba de monopolizar sus órganos de mando—; el ideario del Partido Socialista del Renacimiento Árabe (Baaz), fundado por el cristiano sirio Michel Aflak, que hubo de refugiarse finalmente en Irak, ideario que está en el origen del enfrentamiento entre ambos Estados; o el nuevo Estado turco que, tras la extinción del sultanato en el año 1922, trasladó la capital a Ankara, inauguró como práctica la orientación occidental de sus actuaciones y, como colofón, trató de eliminar a un Islam considerado como lastre para el desarrollo. Bernard Lewis describe así este proceso histórico tan trascendental para la historia contemporánea del mundo islámico:

«La monarquía islámica universal de los sultanes turcos fue destruida y la de los sahs de Persia se transformó y en su lugar las antiguas tierras de Oriente Medio se cubrieron de un entramado de las llamadas naciones estado» (9).

El resultado final fue el trazado artificial de fronteras, las identidades a veces inventadas, y un dominio occidental en la región de tres décadas, hasta la crisis de Suez (1956), que en algunos lugares resistió hasta fechas más recientes: independencia de Kuwait en el año 1961, de Yemen del Sur en 1967, de los Emiratos Árabes Unidos, Qatar y Bahrein en el año 1971.

Frente a este vacío en lo político-cultural hay también una realidad económica digna de ser destacada. Junto a la independencia política estos pueblos han venido observando que no han alcanzado una auténtica independencia económica, razón de más que les lleva a buscar sus señas de identidad en una religión que predica el igualitarismo y la justicia social. El petróleo está considerado por los árabes en general —la excepción de

(9) Lewis, B. *Op. cit.*, p. 74.

las familias que de él viven— más como calamidad que como riqueza (10). Los islamistas criticarán a Occidente por su nuevo imperialismo —monopolio de las compañías petrolíferas como las famosas «Siete Hermanas», de las compañías mineras, de los transportes, etc.— y por su manejo de la economía internacional, pero sin olvidar tampoco el criticar el egoísmo al nivel de los Estados árabes y musulmanes.

Un complejo mosaico

El islam es hoy la única religión que no se resigna a limitarse a administrar la espiritualidad del hombre, y aspira a regir también la sociedad. El Corán sería la Constitución y la *sharia* el conjunto de leyes que la explican. Por otro lado, la idea que tienen los occidentales del Islam, percibido como agresivo se basa más en prejuicios que en un verdadero conocimiento, por lo que se hace necesario adentrarse en el tupido tejido constituido por sus sectas y su geografía.

En primer lugar hay que señalar que Islam —literalmente «sumisión a la voluntad de Dios»— es el nombre propio de una religión en la que muchos de sus practicantes, aunque no la mayoría, son árabes. Por ello con frecuencia se confunden los términos árabe y musulmán y, aunque los árabes constituyen sólo el 20 por 100 de los 1.000.000 de musulmanes, dentro de ellos hay también cristianos, unos 5.000.000 entre los que encontramos coptos (más del 12 por 100 de los 55.000.000 de egipcios), nestorianos, caldeos y maronitas. Son cristianos el 25 por 100 de los sudaneses, el 10 por 100 de los sirios, el 40 por 100 de los libaneses y el 15 por 100 de los palestinos.

Desde un punto de vista étnico en un Estado árabe como es Irak hay 12.000.000 de árabes, 3.500.000 de kurdos y 1.000.000 de turcomanos, sumerios, armenios y asirios. Por otro lado hay musulmanes en China, Indonesia, Pakistán, en países del África Negra como la superpoblada Nigeria o Senegal, país este último en el que los musulmanes constituyen más del 80 por 100 de la población, o incluso tenemos el caso de los otrora famosos por su activismo *black muslims* en los Estados Unidos. Hay musulmanes en el seno de pueblos tan distintos y distantes como los bereberes, población no árabe originaria del norte de África, los kurdos, los habitantes de las repúblicas meridionales de la antigua Unión Soviética, o los habitantes de la remota isla filipina de Mindanao.

Dentro de la gran familia musulmana hay diversas sectas y cada una de ellas, esto es importante destacarlo, cuenta con sus propios integristas. La

(10) ABDELKDEFI, M. *Op. cit.*, p. 87.

existencia de estas sectas se explica por las querellas políticas que desde antiguo han existido en torno a la sucesión del Califa (11). Que la revolución iraní hiciera mundialmente conocida a la secta shiíta no quiere decir que un acontecimiento semejante no hubiera podido darse en otro escenario del mundo islámico.

Veamos a continuación las sectas más importantes:

LOS SUNNITAS

El Corán es la fuente religiosa y de jurisprudencia de la comunidad islámica, pero cuando hay materias oscuras se recurre a la segunda fuente de religión y de derecho: la sunna. Esta es la tradición sagrada del Profeta, todo lo que Mahoma hizo, dijo o permitió, transmitido por sus compañeros, los primeros Califas (Abu, Bakr, Omar y Ozman). Este cuerpo de sentencias atribuidas al Profeta se transmitieron oralmente durante generaciones antes de escribirse. Precisamente por el hecho de estar escritas se ha posibilitado la continuidad en el tiempo y en el espacio de esta religión. En torno a la sunna se sitúa la ortodoxia y a ella pertenecen la mayoría de los musulmanes del mundo, del 85 al 90 por 100. Por ello los integristas sunnistas están llamados a obtener una mayor repercusión histórica puesto que potencialmente disponen de adeptos más numerosos. Históricamente podemos hablar entre estos integristas, de órdenes místicas de tradición guerrera que han combatido la presencia colonial, como los senussis en Libia, que primero combatieron al Imperio Otomano y desde el año 1911 a los italianos, o de los musulmanes indios que lucharon contra los sijs y luego contra los ingleses. Aquí estarían también los wahabitas saudíes, los Hermanos Musulmanes de Egipto o Jordania, los integristas tunecinos de En Nahda, los marroquíes de Abdesalam Yasin o el FIS argelino de Abasi Madani.

LOS SHIÍTAS

Unos 120.000.000 constituyen el 10 por 100 de los musulmanes del mundo. Tienen cierta presencia e influencia entre Líbano y la costa occidental de Pakistán. Son minoritarios en Kuwait (el 25 por 100 de la población), en Arabia Saudí y en las repúblicas encuadradas en la antigua Unión Soviética mayoritarios en Bahrein, Irak, Irán y Yemen y tienen una importante presencia, aunque no mayoritaria, en Líbano. Tradicionalmente oprimidos han tenido por ello mucho más desarrollado el instinto de rebeldía. El hecho de ser la secta heterodoxa y las circunstancias de enfrentamientos en la que surgió hace que su margen quede ligada a la idea de contestación y de

(11) SOURDEL, D. *Op. cit.*, p. 75.

violencia. La fiesta del martirio de los shiítas, en la que estos se autoproducen heridas, les recuerda las penalidades sufridas por el imam Hussein, nieto del Profeta, quien en el año 680, al frente de un centenar de hombres, se lanzó contra el poderoso ejército del califa sunnita de Damasco, Yazid, en Karbala, y tras ser derrotado y torturado, fue decapitado. En ese mismo año, el 680, había muerto envenenado su hermano Hassan.

Surgen pues en un marco puramente árabe pero luego se extienden a otros pueblos, sobre todo a aquellos oprimidos por el yugo árabe: en Irán han sido influyentes desde el siglo XVIII (el matrimonio de Hussein, hijo de Alí, con la hija del último Rey sasánida ayudó también a su éxito entre los iraníes). Hasta el triunfo de la revolución en Irán nunca había existido un Estado moderno regido por los shiítas.

La shiia no se diferencia en fundamento teológico alguno de la sunna. Simplemente los shiítas son seguidores de Alí, primo y yerno del Profeta, casado con la hija predilecta de éste, Fátima, y que es el cuarto califa de los sunnitas y el primer imam de los shiítas. Murió asesinado y fue enterrado en Neyef. Sus seguidores tomaron el nombre de *shiia Alí* (secta de Alí) considerándose en adelante los «legitimistas» del Islam. Alí y Hussein son para los shiítas el símbolo trágico de la persecución por la fuerza. Adoptaron la bandera negra como símbolo e hicieron de Neyef y de Karbala lugares santos. Impusieron un principio nuevo en el Islam, el del imamato, que reserva a Alí y a sus propios descendientes el derecho a dirigir la comunidad. Este papel se le confía no a un califa, jefe temporal encargado de ejecutar la ley, sino un guía investido por designación divina que continúa la misión del Profeta.

Elegidos de la línea de Alí, bien por su predecesor, bien por la familia (según las sectas), los imames son considerados infalibles. Poseen así los shiítas una estructura clerical de «guías espirituales» cuya obediencia es obligatoria a todo fiel pues son los depositarios de la correcta interpretación de los preceptos religiosos. En el Islam sunnita no hay intermediarios entre Dios y los creyentes por lo que el clericalismo sólo afecta a la secta shiíta. Pero la diferencia principal con los sunnitas radica en lo político. Los shiítas son más propensos a pensar que la mayoría de los gobernantes islámicos son ilegítimos. No hay que olvidar que tienen muy clara la idea de usurpación pues el propio Alí y sus dos hijos fueron asesinados por los administradores indignos, también musulmanes.

Mientras el sunnismo se caracteriza por su voluntad de realismo político el shiismo aparece como religión de la pasión y del misterio. Los shiítas respetan los cinco pilares básicos del Islam pero le añaden uno más, el de

creer en la fidelidad a un imam (guía) que conoce los secretos que Mahoma le transmitiera a Alí. Los shiítas llevaron su Islam de sociedades secretas y experiencias iniciáticas hasta el Marruecos de Idriss I, fundador de la dinastía. Influyeron también en la dinastía fatimida (969-1171) que gobernó el Magreb y Egipto, pero finalmente sucumbieron ante la ortodoxia sunnita. Luego renacerían con el sha Ismaíl, fundador de la dinastía seférida (1502-1736), que la impuso como religión del Estado en Persia restaurando la literatura y la lengua farsi para afirmar la especificidad de los iraníes frente a los árabes (12). Ha derivado pues en un partido de los oprimidos y su visión pesimista del mundo y el valor liberador que se le otorga al sufrimiento constituyen dos nociones extrañas a la mentalidad islámica común.

Dentro de la shiia hay varias sectas y la división se produjo tras la muerte del califa Yazid (683):

- Los ismaelitas. De ellos proceden los drusos, que divinizaron al califa Al Hakim tras su muerte. Los alauitas de Siria —que reprimieron con dureza el levantamiento sunnita de Hama en 1982— son también de origen ismaelita. Su actual jefe religioso es el Aga Khan. Fundaron el califato fatimida y el movimiento cármata de Bahrein. Son partidarios de un hijo de Jafar, Ismail, destituido de sus derechos por su tendencia revolucionaria.
- Los duodecimanos. Siguen la tradición de sus sagrados imames, el último de los cuales, el duodécimo, Al-Mahdi al-Muritazar, el Señor del Tiempo, desapareció hacia el año 878 y volverá al final de los días a regir un mundo de justicia, paz y felicidad. El *mahdi*, el *guiado*, es pues una figura mesiánica que Dios enviará para terminar con el tiempo del pecado y la maldad y llenar el mundo de equidad. En nombre suyo las autoridades shiítas dictaban sus leyes, y así está expresado en la Constitución de la República Islámica de Irán. El 60 por 100 de los iraníes son shiítas duodecimanos. También son mayoría entre los shiítas iraquíes. Los ismaelitas coinciden con los duodecimanos hasta el sexto imam pero no con su descendencia.
- Los zaiditas. Deben su nombre a la revuelta de Zaid Ben Alí (740) y tras esta figura ya no consideran al imamato hereditario ni creen en el mahdismo. Le reservan el imamato a los descendientes de Fátima. Por ello las otras dos sectas antes citadas se denominan *imámitas*. En el pasado los zaiditas tomaron el poder en Yemen donde fundaron un Estado de tipo anarquista. Aún hoy perviven en el norte del Yemen.

(12) BALTA, P. *Op. cit.*, p. 17.

JARIYITAS

Grupo ortodoxo con unos 40.000.000 de seguidores en todo el mundo, son enemigos de los sunnitas y critican a los shiítas su moderación. Es la secta más antigua. Surgieron en torno a la controversia sobre la legitimidad del Califato, siendo partidarios de que todo musulmán, aún no árabe, pudiera llegar a ser califa y que pudiera ser depuesto si no cumplía bien su tarea. Expulsados de Arabia tras sublevarse contra los Omeyas se refugiaron unos en Yemen y otros en el Magreb, donde se aliaron con los bereberes formando varios reinos. Una de sus sectas —los ibaditas— siguen siendo fuertes en Argelia (Uargla y Mzab), Libia, Túnez (isla de Jerba), Zanzíbar, Yemen y Omán, único Estado este último donde son mayoría. Predican la igualdad absoluta entre todos los musulmanes, una moral rigorista y son enemigos del lujo y la ostentación. Se les conoce por su puritanismo y su interpretación literal del Corán. Nunca codificada, su doctrina ha evolucionado muy poco.

El integrismo de la últimas décadas

El mundo islámico ha sufrido luchas intestinas desde el momento mismo de la muerte del Profeta. Unas veces, la motivación estuvo en discusiones teológicas entre ortodoxos y heterodoxos, pero las más han tenido como causa la pugna por el poder. El mundo musulmán se ha venido debatiendo así entre el afán por lograr la unidad en el seno de la *Umma* y de la Casa de la Paz o Dar al-Islam, y las luchas entre Estados por la influencia por la hegemonía. Dentro de las propias sociedades nacionales se produce también la pugna entre quienes pretenden conciliar el Islam y la modernidad y los que propugnan un rígido sistema de vida basado en el Islam más tradicional. Esto último ya ha llevado a enfrentamientos dentro de los países musulmanes: ocurrió en Egipto cuando Nasser reprimió a los Hermanos Musulmanes al subir al poder en el año 1952, y ocurre hoy en Túnez y más recientemente en Argelia.

Con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, y sobre todo a partir de la década de los años setenta, vamos a asistir a muy diversas maneras de expresar el sentimiento integrista: unas pacíficas, como la actividad proselitista de saudíes y paquistaníes, y otras violentas, como la Revolución Islámica en Irán y su exportación en los años posteriores o el asesinato del presidente egipcio Sadat en el año 1981 y la ola de atentados de la década de los años ochenta. Organizaciones como los Hermanos Musulmanes egipcios y jordanos o el FIS argelino aceptan la vía electoral como ruta de

acceso al poder, alejándose así de otras corrientes rupturistas y de la utilización de la violencia como principio de estrategia política.

Sendas derrotas en la guerra de los Seis Días (1967) y en la de Yom Kipur (1973) provocaron una crisis psicológica que favoreció el surgir de un importante brote de espiritualidad. Según Paul Balta la crisis del arabismo en el año 1967 explica el ascenso del islamismo, nuevo refugio una vez comprobada la incapacidad del nacionalismo modernista para impedir los conflictos interárabes y para resolver el problema palestino (13).

En el último cuarto del siglo XX las corrientes del integrismo islámico se han identificado fundamentalmente con dos Estados, Irán y Arabia Sudí.

El ocaso del modelo iraní

Hasta que surge triunfalmente la figura del imam Jomeini los líderes de todos los grandes movimientos sociales de los tiempos modernos defendían objetivos que provenían en parte del pensamiento europeo. Jomeini percibió como una amenaza para la identidad iraní la política modernizadora del sha Mohamed Reza Pahlevi (1941-1980) y enarbó contra ella la bandera del Islam. Occidente había visto bien que el Sha invirtiera para convertir a su país en una potencia moderna, aun cuando su reforma agraria desarraigara a la familia extensiva iraní tradicional expulsándola de sus aldeas y encerrándola en poblados colectivizados. Tampoco había dicho nada cuando el dirigente iraní comenzó a afectar con sus medidas a las clases medias del tradicional zoco de Teherán, los *bazaris*, o cuando, en suma, despreciaba el patrimonio cultural de su pueblo en beneficio de la modernidad. Frente a esta pérdida de las tradiciones, y frente a la secularización reinante procedente no sólo de las medidas del Sha, sino también de los avances del comunismo en la región, el imam Jomeini alzó su voz y logró una impresionante movilización popular que se lanzaba a las calles pese a la dureza de la represión.

Con el apoyo sin precedentes de una juventud universitaria sin expectativas, educada en las universidades laicas del país o el extranjero, logró hacer triunfar una revolución que pronto iba a provocar grandes temores en el mundo occidental. En el orden interno los nuevos dirigentes de Teherán sometieron a la autoridad religiosa los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial y prohibieron los partidos políticos.

La revolución en Irán fue el catalizador del integrismo shiíta y sunnita e impulsó movimientos contestatarios por todo el mundo islámico. La sucesión

(13) *Ibidem.*, p. 26.

vertiginosa de los acontecimientos despertó gran ansiedad en este ámbito: en enero de 1979 el sha abandonaba el país; en febrero el ayatolá (signo de Dios) subía al poder; el referéndum de 30 de marzo proclama la República Islámica y en noviembre de ese año era ocupada la Embajada norteamericana en Teherán, en la que se tomaron cincuenta y dos rehenes. Sirvió por ejemplo de inspiración para la comunidad shiíta del Líbano a mediados de los años ochenta y dio valor y coraje a quienes se inmolaban en sangrientos ataques suicidas. Precisamente sirvió en Líbano como punto de reunión para combatir la invasión israelí del sur del país, la denominada operación «Paz para Galilea» del año 1982, y la presencia de *pasdaran* iraníes frenó el avance del Tshal israelí en el valle de la Bekaa. Del núcleo shiíta iraní partirían durante los años ochenta grupos encargados de expandir su doctrina por otros países islámicos. En Líbano fue donde esta actividad adquirió caracteres más intensos con la creación de la Yihad Islámica, el Amal Islámico de Hussein Mussawi escindido del prosirio Amal de Nabih Berri, y el Hezbollah o Partido de Dios de Mohamed Hussein Fadallah.

Jomeini impugnó la legitimidad de la dinastía saudí para ser guardiana de los Lugares Santos del Islam, pidiendo que pasaran a ser administrados por un Consejo de Ulemas (doctores de la ley islámica que interpretan la *sharia* o codificación de las leyes sagradas y que tienen en el mundo musulmán funciones equivalentes a las de los Tribunales Supremos). En esta pugna no sólo de carácter religioso, sino también racial —persas contra árabes— y geopolítica —la hegemonía en la región—, vemos cristalizar el conflicto descrito por el intelectual laico de nacionalidad egipcia Farag Foda entre un Islam revolucionario, el iraní, y un Islam pacífico (*al-islam-al-tharwi*) como el saudí. Este integrismo dominó el escenario islámico durante los primeros años de la pasada década y por él se descubrió la existencia de un amplio movimiento en los países árabes e islámicos de regreso a las formas de vida y pensamiento expresadas en el Corán y predicadas por Mahoma.

La Revolución Iraní es así contemporánea del asalto a la Gran Mezquita de La Meca que veremos en el siguiente punto, del asesinato del presidente Sadat (octubre de 1981), del levantamiento de los Hermanos Musulmanes, sunnitas, en la ciudad siria de Hama, en febrero de 1982, y cuya represión por el Ejército sirio produjo más de 12.000 muertos, así como la descomposición progresiva del Líbano durante toda la década de los años ochenta. En Egipto hay que recordar las revueltas estudiantiles del año 1984 en la Universidad de Al Azhar —el mayor foco de intelectualismo musulmán a nivel mundial— o el amotinamiento de la policía en el año 1986. En el emirato de Kuwait los integristas shiítas pasaron a la ofensiva contra el

régimen desde 1982, provocando disturbios que culminaron en 1985 con un atentado contra la vida del soberano, el cheik Yaber al-Ahmed al Sabah, atribuido al Partido de Dios. Este hecho provocó una represión que salvó la estabilidad del régimen. En cualquier caso, el integrismo kuwaití es sunnita, pero las posibilidades de actuación son escasas, ya que desde el año 1986 el Parlamento está disuelto.

En Irak los shiítas constituyen el 55 por 100 de la población y en su territorio se encuentran las cuatro principales ciudades santas del shiismo: Karbala, Neyef, Samarra y Qadimia. Los integristas shiítas han tenido una turbulenta relación con las autoridades laicas del Baaz en un país en el que desde el siglo XVI el 20 por 100 de la población —los sunnitas de la región noroeste— han dominado por completo la política. La Organización de la Llamada Islámica, shiíta y creada en 1956, asegura que entre los años 1974 y 1980 fueron ejecutados unos 500 militantes de su Organización.

En un principio, el islamismo jomeinista pretendió ser expansivo y restablecer el auténtico Islam en La Meca, pero pronto su llama se fue apagando poco a poco. Las explicaciones son varias:

- La guerra que comienza en septiembre del año 1980, entre Irak e Irán, va a identificar definitivamente a la Revolución Iraní con el shiismo —secta heterodoxa y minorista— y con el nacionalismo persa. Las masas árabes no lo seguirán por ello, y sus acólitos, marginales, se ubican en los suburbios de Beirut o en las montañas afganas luchando contra los soviéticos. Para combatir contra el extremismo islámico, los países árabes moderados afirman la reislamización, como veremos en el siguiente punto, y se esfuerzan en manipular a los grupos integristas de confesión sunnita y no revolucionaria.
- La muerte del imam Jomeini, en junio del año 1989, deja a lo que quedaba de este movimiento revolucionario desprovisto de un jefe carismático. La desaparición de esta figura emblemática y la propia evolución de los acontecimientos llevarán al Estado persa a adoptar una política más pragmática. Ya antes incluso de su desaparición la razón de Estado comenzó a prevalecer sobre la lógica revolucionaria. Sumido en una grave crisis económica, este país salió muy dañado de la guerra contra Irak, y su población, menos motivada políticamente que en la década anterior, no participaba ya en las movilizaciones como antaño. Por otro lado, la toma de rehenes occidentales en el Líbano ya no cuenta con la bendición de Teherán, que no apoya a la Yihad Islámica.
- En Irán se dio algo que no se ha repetido después: la alianza entre dos capas socioculturales tan distintas como el clero shiíta, encabezado por

Jomeini, y los jóvenes cuadros formados en las universidades laicas del Sha que habían encontrado en el Islam un asidero para mostrar su desaliente ante la falta de perspectivas. Ésta es la alianza que permitió que un importante porcentaje de la población abrazara la revolución, y algo semejante se empieza a vislumbrar hoy en las filas del FIS argelino, donde hay una importante presencia de jóvenes técnicos —aunque uno y otro caso no sean comparables—, pero no se ha dado en toda la década de los ochenta en ningún lugar del mundo árabe-musulmán.

- En el extranjero Irán no ha podido ya conservar la dirección del movimiento shiíta en su conjunto, dividido y enfrentado. Sólo en Líbano se han mantenido los grupos combatientes shiítas aunque divididos en milicias y en redes de mercenarios. Hezbollah, el Partido de Dios, armado y protegido por Teherán, combate al Ejército israelí y a sus aliados del sur del país y en el pasado ha reivindicado secuestros y ejecuciones de rehenes occidentales.

A pesar de todos los espasmos de violencia llegan aún a nuestros días y no hay que olvidar ni los luctuosos sucesos de La Meca el 31 de julio de 1987, durante la manifestación de los peregrinos iraníes —degeneró en enfrentamientos con el resultado de 600 muertos entre los dos bandos—, ni la condena a muerte decretada por Jomeini el 14 de febrero de 1989 contra el escritor Salman Rushdie, hecho que ha enfriado el acercamiento entre Teherán y Occidente iniciado al término de la guerra irano-iraquí (14). Es importante señalar que esta condena, tan impopular en Occidente —el imam Jomeini ofreció dos millones y medio de dólares por la cabeza del escritor acusado de blasfemo—, levantó oleadas de lealtad jomeinista en todo el mundo musulmán. En lugares tan distantes como Dacca, Manila, Bombay o Kuala Lumpur se produjeron disturbios en el transcurso de violentas manifestaciones contra Salman Rushdie, y el famoso cantautor norteamericano Cat Stevens, convertido al Islam, sorprendía al mundo occidental cuando aprobaba la condena de muerte. El dictamen (*fatwa*) por el que se condena a muerte al escritor va dirigido a todos los musulmanes y no puede ser revocado ya que fue dictada por un dirigente religioso; de hecho, en febrero del año 1992 las autoridades iraníes acaban de renovarla.

Como nos recuerda Domingo del Pino aunque muchos hubieran pensado que tras la guerra irano-iraquí este integrismo persa se había desinflado definitivamente, el conflicto desencadenado a raíz de la invasión iraquí de

(14) MORALES, GUSTAVO. *Irán en el mundo*. Madrid, Prensa y Ediciones Iberoamericanas, 1990, pp. 82 y 83; véase también del mismo autor *El Irán del imam Jomeini*. Madrid, Prensa y Ediciones Iberoamericanas, 1988.

Kuwait le ha devuelto a Irán el papel de potencia regional (15). Su expansión ideológica busca ahora las repúblicas del Caucaso y de Asia Central, Azerbaiyán y las cinco centroasiáticas con sus 50.000.000 de musulmanes. La recientemente creada Organización de Cooperación Económica reúne a Irán, Pakistán y Turquía y, como observadoras, a Azerbaiyán, Uzbekistán, Turkmenia y Tayikistán, esta última con fuertes lazos étnico-lingüísticos con los persas y las tres anteriores con los turcos. Todas estas repúblicas —exceptuando a Azerbaiyán— a las que hay que añadir Kirguizistán y Kazajstán, formaban parte del antiguo Turkistán, gran cinturón en Asia desde el mar Caspio hasta China. Irán tiene la intención de crear, a través de esta Organización, un mercado común islámico. Por otro lado, el integrismo militante ha encontrado nuevos focos de irradiación en Sudán, con Hassan Turabi, en Egipto y Yemen, con Yihad Islámica, o en Afganistán y Pakistán, donde se han entrenado y combatido integristas de distintas latitudes incluyendo a los «afganos» argelinos.

La potenciación del modelo saudí

El rey Fahd Ben Abdelaziz es formalmente el «Servidor de los Santos Lugares del Islam» y encabeza una monarquía absoluta donde, al igual que en Irán, no hay partidos políticos. Según Bernard Lewis la primera señal de vuelta al concepto islámico de realeza y majestad más tradicional se puede ver quizás en la decisión real saudí, de octubre del año 1986, de renunciar al título de majestad y de adoptar el título tradicional de «Servidor de los Santos Lugares» (16). En cualquier caso el modelo político constitucional iraní posterior a la Revolución Islámica es moderno en relación al régimen saudí. La política de este último durante los años ochenta en cuanto al integrismo se refiere ha estado marcada por el intento de segar la hierba bajo los pies de los integristas iraníes y de sus seguidores. Para ello, este régimen islámico por excelencia ha financiado movimientos integristas a lo largo y ancho de todo el mundo musulmán, proporcionando todo tipo de apoyo económico y de propaganda. Su actividad como faro iluminador del Islam en el mundo ha sido también intensa por lo que respecta a la lucha contra el ateísmo y la penetración de la ideología comunista.

Desde el punto de vista internacional hay que recordar que Arabia Saudí adquirió enorme prestigio durante los años setenta, al encabezar desde el seno de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) la

(15) DEL PINO, DOMINGO. «Un velo sobre Argelia» *Revista Española de Defensa* núm. 48, febrero de 1992, pp. 55 y 56.

(16) LEWIS, B. *Op. cit.*, p. 94.

guerra del petrodólar contra Occidente. Para muchos, con la crisis económica generada en el año 1973 con el alza de precio de los crudos, se había conseguido al fin doblegar al arrogante mundo occidental. Ello contribuyó a extender por todo el orbe musulmán su política reislamizadora.

El fundamento teológico del Estado saudí y de la monarquía que lo gobierna está en las enseñanzas de un puritano islámico, Muhammad Ben Abdel Wahab (1703-1792), inspirador del integrismo de carácter sunnita junto a los más modernos Mawdudi de Pakistán, muerto en 1979, o Sayid Qutb de Egipto. Este último, contemporáneo de Nasser, propugnaba una ruptura con el estado de barbarie en el que el mundo está sumido y la construcción de un Estado islámico sobre sus ruinas. Según Ali Merad la ardorosa predicación de Abdel Wahab en Najd (Arabia) contenía una idealización de la ciudad musulmana primitiva, un retorno a las fuentes que luego se propagó por todo el mundo musulmán, desde los países árabes hasta el subcontinente indio (17). El wahabismo fue adoptado en 1744 por la familia Saud —Abdulaziz Ibn Saud el-Aual fundó la dinastía hoy reinante, limpió de bandidos los caminos y dio seguridad a las caravanas y a los peregrinos en el marco de un principado beduino teocrático— y es doctrina oficial del país desde su fundación en el año 1932. Postula una interpretación literal del Corán, auténtica Constitución del Estado, y condena toda innovación en relación con la enseñanza original del Islam fundada en el Libro Sagrado y en la sunna. Rechaza por ejemplo novedades como el culto a los santos. Así, todo punto de vista «no ortodoxo» debe ser combatido. No tendrá en cambio escrúpulos para atraerse durante el siglo XX las técnicas europeas.

El modelo iraní de toma del poder con métodos revolucionarios ha sido sustituido por una estrategia de reislamización desde abajo del conjunto de la sociedad, y es precisamente aquí donde Arabia Saudí recupera un papel que había perdido en la década de los años setenta. Hoy se trabaja en el ámbito cultural y de las costumbres y la violencia es ya algo puntual, muy localizado, que se da sólo en circunstancias muy especiales, allí donde no hay otra posibilidad de expresar las creencias propias. El modelo revolucionario iraní exigía la existencia previa de una sociedad mayoritariamente musulmana; el nuevo modelo, que trabaja en la ida cotidiana, puede ponerse en práctica también allí donde los musulmanes son minoría (inmigración en Europa). Olivier Roy nos da como ejemplo de esta estrategia el caso de la tensión producida en el otoño del año 1989 en el sistema educativo francés por el uso del velo (*hijab*) por algunas niñas musulmanas. Aquí se le solicitó a un

(17) MERAD, ALI. *L'Islam contemporain*. Paris, Presses Universitaires de France, 2^e édition, 1987, pp. 22-23.

Estado culturalmente cristiano y políticamente laico como el francés lo mismo que se le pide al Estado egipcio o al argelino: que reconozca y regule los espacios islamizados dentro de sus sociedades (18).

Se intenta que se reformen las legislaciones para acercar las costumbres a su visión del Islam. En esta línea se crean centros de formación islámica para preparar a los predicadores que han de enseñar el Islam. Se apoya la idea de la socialización por abajo (espacios de reencuentro, cooperativas, transportes comunitarios alternativos y no mixtos, caridad, asistencia sanitaria, etc.). Estos servicios son bien aceptados no sólo porque están ligados a una actividad religiosa, sino porque son mejores que los que brinda el Estado. Una vez creados estos espacios se busca que las autoridades los reconozca y después se hace proselitismo para ampliarlos. Hay, pues, en todo ello un intento de reconquistar la sociedad desde la base.

No se predicán revoluciones ni hay cánticos tercermundistas como antaño; ahora se quiere reformar la sociedad cambiando las costumbres con la *sharia* y no cambiando a las autoridades que detentan el poder político. En las décadas de los años cincuenta y de los sesenta el presidente Nasser ayudó con dinero, con armas y con hombres a hacer la revolución en teatros como el argelino y el yemenita. El proselitismo de nuevo cuño adopta un aspecto conservador, es el llamado «islamismo tranquilo», incluso en marcos de violencia como Afganistán, donde los saudíes financian a los «fundamentalistas conservadores», cada día más influyentes en Peshawar, la ciudad paquistaní que es capital de la residencia afgana. En Marruecos, donde el hecho de que el monarca Hassan II sea descendiente directo del Profeta —el trigésimo quinto— y Príncipe de los Creyentes le da una singularidad única, nos encontramos también un «islamismo tranquilo» que no busca tomar el poder, sino asociarse con él. Los Hermanos Musulmanes de Egipto vienen tratando de reislamizar la legislación, la enseñanza y la Constitución y han participado durante la década de los años ochenta en el juego político democrático. Su influencia en la sociedad egipcia es notoria y ahí están para demostrarlo las condenas dictadas en los últimos meses contra escritores e incluso contra bailarinas, por considerar revocadoras y contrarias a las buenas costumbres las publicaciones de aquéllos o las actividades de estas últimas.

Muchos analistas apuntan ya a que Occidente es mucho más vulnerable a este integrismo de patente saudí que al revolucionario de antaño. No olvidemos que al primero lo financian los aliados de Occidente, y no causa

(18) ROY, OLIVER. «De l'Islam révolutionnaire au néofondamentalisme» *Esprit*. Juillet-Aout 1990, pp. 5-14.

el rechazo del otro en la medida en que no habla ni de revoluciones ni de actos de terrorismo.

Pero este proselitismo de las autoridades saudíes no las libra de sufrir reproches por parte de islamistas propios que critican tanto los excesos personales de algunos miembros de la familia real saudí como la identificación del país con buena parte de los intereses de los Estados Unidos de América en la región. No olvidemos que en el año 1979 un grupo de islamistas liderado por un exmilitar, Yohaiman el-Utaybi, atacaron la mezquita de la Kaaba en La Meca, acusando a los miembros de la familia real de estar vendidos a los intereses de los Estados Unidos y de permitir la occidentalización del país. El grupo se hizo fuerte en los subterráneos de la mezquita, donde resistió quince días, durante los cuales se produjeron disturbios y atentados sincronizados en todo el país. La rebelión fue finalmente sofocada con ayuda de tropas jordanas, que apoyaron la estabilidad del régimen saudí pese a que la monarquía hachemita había sido desposeída de Arabia en pleno siglo XX por los wahabitas. El fantasma integrista ha conducido en los últimos años a este tipo de acercamientos coyunturales y ahí está el apoyo a Sadam Hussein durante la guerra contra el Irán de Jomeini. El cabecilla Yohaiman fue finalmente decapitado públicamente junto con 68 de sus compañeros.

La realidad dolorosa de la división

Hay una doble confrontación en el seno del mundo islámico: la primera parte entre la sociedad y el poder, y la segunda entre los propios Estados.

La intervención occidental en la guerra contra Irak ha logrado unir a las poblaciones, despejando el enfrentamiento tradicional entre las dos corrientes rivales: los nacionalistas, más o menos secularizados y con ribetes autoritarios y modernizadores, y los integristas, mesiánicos y muy críticos hacia los anteriores. La polarización desapareció ante la amenaza exterior. En la figura de Sadam Hussein, autoritario y no demasiado proclive al respeto del Islam, se dio esta reunión y basta fijarse en cómo supo utilizar, muy hábilmente, las creencias de las masas. La comunidad afectiva existe y supera múltiples obstáculos, aunque la experiencia demuestra que sólo se despierta en situaciones negativas (crisis, derrotas, humillaciones compartidas). El islamismo y el nacionalismo árabe han caminado juntos de nuevo al comienzo de la década de los años noventa.

La relaciones entre este mosaico de Estados y Occidente se han visto afectadas tanto por la guerra del Golfo como por la caída del bloque del Este.

Cuando nos referimos a este mosaico de Estados y Occidente se hace necesario describir ese fenómeno que citábamos al principio de confrontación entre sociedad y poder. Para ilustrarlo vamos a referirnos a nuestra región vecina, el Magreb.

Es este marco geográfico donde el 85 por 100 de la población es musulmana, ejemplo ideal para vislumbrar esa confrontación. Además existe en él una curiosa relación del amor-odio con Occidente. Atrae la sociedad de consumo europea, percibida de forma directa bien a través de los medios de comunicación, bien a través de la emigración, pero a menudo es vista como algo inalcanzable. Ello crea frustración que se ve incrementada cuando se acusa a esa misma sociedad de consumo, que atrae de igual modo a las élites locales, de ser el origen de la corrupción del sistema. Este descontento se encauza con frecuencia por la vía religiosa.

El contraste entre el sentir de los dirigentes por un lado y de las poblaciones por otro se puso especialmente de manifiesto durante la guerra. La cohesión temperamental colectiva de los pueblos del Magrèb —lo que en francés se ha denominado *consensus identitaire*— ha demostrado una mayor articulación y cohesión que la que existe habitualmente a nivel de gobiernos y que se refleja en la Unión del Magreb Árabe (UMA), la organización creada por las élites en el poder en febrero del año 1989. De esa cohesión temperamental se han beneficiado sobre todo los movimientos islamistas, hecho a añadir para ilustrar el contraste entre poblaciones y élites gobernantes, pues hay que recordar que en la UMA hay consenso sobre la necesidad de controlar a los partidos y movimientos de carácter religioso, aunque ello no impidiera que en el año 1989 se legalizara al FIS, percibidos como desestabilizadores. Los regímenes magrebíes, y en general los del resto del mundo islámico, consideran que un partido político no puede invocar en solitario al Corán cuando el Libro Sagrado es patrimonio de todos los musulmanes.

Por lo que respecta a la división entre los propios Estados del mundo musulmán esto es algo que venimos viendo a lo largo de nuestra exposición y que tiene diversas causas: defensa de la ortodoxia, cuestiones ideológicas, hegemonía, razones económicas, etc.

Con el auge de la OPEP y el enriquecimiento de algunos Estados musulmanes se superó en cierta medida el sentimiento de fracaso arrastrado desde los siglos XVIII y XIX, cuando se va tomando conciencia en estos países de su importante atraso con respecto al mundo occidental. Estados como Arabia Saudí o Libia dispusieron, gracias al petróleo, de medios económicos para apoyar la expansión de sus respectivas visiones del Islam por todo el globo. Este enriquecimiento tan rápido de algunos

hermanos en la fe creó expectativas entre las masas, que después con el transcurrir de los años no se han visto satisfechas, sobre la posibilidad de superar al fin situaciones de pobreza y de desencanto. El petróleo pasó a ser utilizado como arma en las pugnas por la hegemonía y, en general, por intereses materiales alejados de la obligada espiritualidad islámica. El enfrentamiento de intereses entre Irak y Kuwait es quizás el ejemplo más ilustrativo en los últimos tiempos, sobre todo por las dramáticas consecuencias que ha tenido.

Por otro lado, el hecho de disponer de pronto de tales medios planteó en el seno de estas sociedades la pregunta de cómo adaptarse a la modernidad. Países como Egipto, con larga historia de influencia exterior, han tenido a adoptar formas modificadas de códigos de leyes europeas, dejando la *sharia* para cuestiones de *status* personal. Algunos como Arabia Saudí, los Emiratos Árabes Unidos y otras monarquías petroleras del golfo Pérsico, menos influidos desde fuera, optaron por aceptar una modernización superficial, pero sin modificar sustancialmente sus estructuras. Otros como Siria o Irak han emprendido vastos programas de modernización relegando las creencias religiosas a un segundo o tercer plano.

Volviendo a la región magrebí, observamos en este microcosmos lo que ha ocurrido en el resto del mundo árabe-islámico. Frente a países que se enriquecieron gracias a los hidrocarburos —Argelia y Libia— nos encontramos a otros que, al no ser productores, como Marruecos y Mauritania, han sufrido en sus economías las crisis producidas por el alza de los precios. Durante décadas, Marruecos y Túnez han marcado distancias frente a sus vecinos del Magreb, y ello no sólo por razones económicas, sino también ideológicas, de hegemonía, etc. En lo que sí han coincidido ha sido en tratar de controlar el fenómeno religioso. Marruecos maniobró cuidadosamente en la década de los años setenta creando un Consejo de Ulemas presidido por el propio Monarca.

La occidentalización acelerada emprendida por Burguiba en Túnez llevó al surgimiento de un poderoso movimiento integrista: el Movimiento de Tendencia Islámica (MTI), enemigo enconado de Habib Burguiba. En Argelia las relaciones entre el poder y los islamistas han sido tradicionalmente ambiguas; el FLN ha mostrado de cara al exterior una imagen poco ajustada a la realidad. A principios de los años setenta el poder argelino sostuvo tácticamente el movimiento de las mezquitas para controlar con ello a otros grupos políticos más preocupantes entonces como los baazistas. En la Gran Yamahiriya Libia el coronel Gaddafi, que hace proselitismo de un Islam con aportaciones propias, ha llegado a comparar al integrista con el SIDA y controla con firmeza su posible expansión en el país.

La influencia de los integristas ha ido creciendo en todos los rincones y hoy se adoptan políticas diversas frente a ellos, aunque todas tratan de una u otra manera de controlarlos. La legalización del FIS por las autoridades argelinas no gustó a los gobierno vecinos del Magreb. Pero la presión islamista es una realidad por doquier y obliga a tomar medidas. Durante la guerra del Golfo (1991) las directrices de los sermones leídos en las mezquitas de Marruecos eran facilitadas por los Ministerios de Asuntos Sociales y de Interior. En Túnez el presidente Ben Ali persigue a los integristas de En Nahda, sucesores del MTI. Pero a pesar de las políticas de represión y de control, incluidas las recientes medidas tomadas en Argelia, el fenómeno del integrismo islámico ha obligado a «islamizar» los discursos y las prácticas por todo el mundo árabe y musulmán.

Benazir Bhutto recordaba cuando aún estaba en el poder que había sido su padre y no el general Zia el artífice de la introducción del concepto de islamización en la Constitución. En Egipto, Argelia, Túnez o Jordania se han islamizado los discursos, y en estos y otros países los islamitas han obtenido buenos resultados electorales cuando han concurrido a las elecciones, hecho que refleja lo exitoso de su estrategia. Jordania es uno de los casos más espectaculares en esta línea: en las elecciones legislativas de noviembre del año 1989, año en el que tuvieron lugar violentas revueltas, los islamistas se presentaron como Asociación de la Caridad al estar prohibidos como partido, y obtuvieron 36 escaños, lo que les permitiría acceder a cinco Ministerios. Históricamente, los Hermanos Musulmanes disfrutaban de una ventaja considerable en Jordania, ya que en el año 1952 fueron prohibidos los partidos políticos ellos pudieron continuar con sus actividades. También en Yemen, hoy ya un único Estado, los integristas cuentan con una importante presencia en el Parlamento.

El integrismo ha sido utilizado políticamente bien para perjudicar con ello a Occidente —el apoyo de Sadam Hussein a los integristas afganos antioccidentales— bien para frenar a otras amenazas de carácter interno (apoyo al integrismo prosaudí frente al proiraní, actividad ya citada del FLN o del presidente Sadat frente a las corrientes baazistas durante los años setenta, etc.).

También el enemigo tradicional de los árabes, Israel, ha utilizado al integrismo como arma política apoyando en el sur del territorio ocupado de Gaza a Hamas para lograr dividir a una Organización para la Liberación de Palestina (OLP) de tradición laica, y con ello a la lucha nacional palestina. El movimiento Hamas cuestiona el liderazgo de Yasser Arafat a los territorios ocupados, se opone al proceso de paz emprendido en la Conferencia de

Madrid prosigue cometiendo atentados (en enero del año 1992 fue asesinado por integristas en la localidad libanesa de Saidá el jefe de seguridad del líder palestino). Se ha denunciado desde los medios de comunicación que la financiación de este grupo vendría de Kuwait, por el apoyo de la OLP a Sadam Hussein durante la guerra del Golfo y de Irán, para conseguir el control de los campos de refugiados en Líbano.

Pero es quizás el Egipto actual el marco en el que mejor se vislumbra el apoyo táctico al islamismo para evitar con ello males mayores. El movimiento de los Hermanos Musulmanes, que como ya vimos dejaron de existir legalmente en el año 1954, goza de una importante libertad de acción bajo el régimen del presidente Mubarak. Ello se inscribe en una estrategia que busca frenar desde el poder a la oposición islamista violenta —la *yihad* que asesinó a Sadat—, apoyando a otra más moderada. Con ello se evita al mismo tiempo que ambas corrientes se unan. La respuesta de los Hermanos Musulmanes ha sido la que se esperaba, condenar públicamente la violencia como arma política y elegir la vía parlamentaria para obtener el poder. Así, participaron en las legislativas del año 1984 bajo la etiqueta del Partido Neo-Wafd, y en las elecciones del año 1987 como Coalición Islámica, representada por el Partido del Trabajo y por el Partido Liberal y obteniendo más de 30 escaños en el Parlamento. En plena crisis del golfo boicotearon las elecciones de noviembre-diciembre del año 1990 y se han debilitado desde entonces, aunque el ascenso del FIS en Argelia parecía, al menos hasta enero del año 1992, momento en el que se frena el proceso electoral en este último país, haberlos revitalizado.

El mundo árabe tiene indudablemente una entidad cultural, intelectual y social de gran importancia, pero como bloque político no. Si esto es así con respecto a un bloque homogéneo en muchos aspectos como es el árabe, más lo será con respecto a un bloque heterogéneo al que sólo une el profesar una religión común como es el musulmán. No obstante, si hacemos como ya hicimos antes una diferenciación entre los gobiernos y las poblaciones, si podemos afirmar que los musulmanes, compartan o no la causa palestina, ven en Israel a un Estado que gobierna forzosamente Jerusalén, tercera ciudad santa del Islam. De hecho, la Organización de la Conferencia Islámica (OCI), única Organización internacional gubernamental que aglutina a la mayoría de los países y movimientos de liberación nacional musulmanes del planeta, fue creada en el año 1969 por la primera cumbre de jefes de Estado musulmanes, reunidas en Rabat tras el incendio de la mezquita de Al Aksa de Jerusalén.

El vacío de liderazgo, la frustración, la división y la dispersión son distintas vertientes que reflejan la crisis política, cultural y también económica de

las culturas de las regiones en las que habitan. Aunque de hecho el Islam es ya hoy una religión asiática, Europa no le concede demasiada atención a esta realidad, probablemente por su lejanía geográfica.

ALGUNOS DE SUS FOCOS PRINCIPALES

Turquía es un Estado laico —no confesional, según el modelo de Kemal Atatürk— poblado por 50.000.000 de habitantes, el único Estado de mayoría musulmana donde el Islam no es la religión oficial. Sus autoridades perciben el integrismo como el mayor peligro para su estabilidad política. Kemal abrogó la Ley Sagrada e impuso la separación legal entre religión y Estado, algo que se ha mantenido a la fuerza aunque sus efectos han sido paliados con medidas como la reintroducción de la enseñanza religiosa obligatoria en los colegios públicos, la participación plena del país en el bloque islámico o la presencia cada vez más evidente de los temas religiosos en los programas de los partidos políticos para atraerse el voto de los campesinos.

Miembro de la OTAN y deseoso de adherirse a la CEE ha demostrado siempre ser un buen aliado de Occidente —en la última ocasión con su participación en la guerra contra Irak—. Cientos de islamistas están hoy encarcelados y las autoridades no permiten que el Partido del Bienestar (islamista) tenga representantes en el Parlamento. Cuando el 14 de abril del año 1987 Turquía presentaba oficialmente su solicitud de adhesión a la CEE, su ministro de Estado para las relaciones con la CEE, Alí Bozer, justificaba su ingreso como «garantía para el sistema democrático y un freno al fundamentalismo». Irak ha contribuido a avivar en los últimos tiempos la rivalidad tradicional entre Ankara y Teherán en la región.

Irán, el país de los persas, tradicionalmente enfrentados con los árabes, reforzado política y diplomáticamente tras la derrota militar de Sadam Hussein, lleva a cabo una audaz ofensiva diplomática para capitalizar al máximo la atomización de la ex Unión Soviética. Trata de establecer lazos sólidos con las repúblicas de mayoría musulmana. Arabia Saudí, rivalizando con Teherán por encabezar el proselitismo a escala mundial, ha costado en julio del año 1991 la peregrinación a La Meca de 4.774 soviéticos y albaneses (gastos pagados personalmente por el rey Fahd) y no deja de reprochar a otros países árabes como Siria, Irak, Argelia o Libia el no haber intercedido en el pasado ante sus aliados de Moscú por los creyentes soviéticos. El Gobierno de Teherán, fiel a su política, ya se ha ofrecido como mediador para buscar una solución al sangriento conflicto que enfrenta desde el año 1988 a armenios y azeríes por el control de la región autónoma de Nagorno-Karabaj.

estos pueblos. La democracia liberal no ha logrado echar raíces sólidas y el Estado nacional ha triunfado pero la nación no. El resurgir islámico aparece como una fiera afirmación cultural. La ausencia demasiado generalizada de instituciones democráticas y el desencanto de la modernidad que han conocido lleva a los pueblos musulmanes a interiorizar ese mensaje que, con el lenguaje de sencillez, les es transmitido desde las filas del integrismo y que no es otro que el de la redención

El proselitismo islámico

Si atendemos al simple crecimiento demográfico la religión islámica es la que crece de una forma más rápida y allá donde hasta tiempos recientes no representaban un grupo importante comienzan ya a asumir un peso considerable. La evolución demográfica producida en Líbano desde que en la década de los años cuarenta fuera creado como Estado en un caso citado con frecuencia. Aparte de los 200.000.000 de árabes, tenemos 65.000.000 de iraníes, 50.000.000 de turcos, 240.000.000 de indios, 140.000.000 de malayos, 40.000.000 de chinos (cifra aproximada) o 3.000.000 de norteamericanos que abrazan la fe musulmana.

El auge asiático del Islam

Desde Turquía hasta Filipinas, pasando por la ex Unión Soviética o por Indonesia, se encuentra el territorio donde más crecerá el Islam en los próximos años. Aunque como ya hemos visto previamente el mundo árabe parece monopolizar todo estudio del Islam y del integrismo, y aunque también hay otros escenarios donde se viene produciendo un gran crecimiento de la religión musulmana y de las actividades integristas —ahí está el África Negra con un país como Nigeria donde 50 por 100 de la población es musulmana y donde sus integristas amenazaron al premio Nobel Wole Soyinka en el año 1989 por solidarizarse con Salman Rushdie—, los datos demográficos apuntan hacia otras latitudes (según Paul Balta en el año 1986 se estima que de los 500.000.000 de habitantes de África la mitad eran musulmanes, repartidos a partes iguales entre el África Blanca y el África Negra (19).

Asia formará así en el futuro el centro de gravedad demográfico del Islam y Arabia Saudí da muestras en los últimos tiempos de su interés por expandirlo en esta zona del mundo. Los musulmanes del sur y del sudeste de Asia han desarrollado su propia cultura política, y en general, están muy influidos por

(19) BALTA, P. *Op. cit.*, p. 23.

Tashkent, Samarcanda o Bujara son nombres evocadores que nos hablan de un Islam silenciado durante más de siete décadas por las autoridades comunistas de Moscú. Después del año 1920 se aplicaron de forma brutal en estas repúblicas programas de modernización que llevaban consigo medidas como la abolición de la legislación coránica, la prohibición del uso del velo, y todo ello no sin resistencias de la población (20). Irán ya ha establecido relaciones diplomáticas a nivel de Embajada con Tayikistán (58,8 por 100 de tayikos), y ha firmado acuerdos de contenido diverso con Azerbaiyán (78,1 por 100 de azeríes, una república que ha ingresado en la Organización de la Conferencia Islámica y piensa hacerlo también en la OPEP), Turkmenistán (68,4 por 100 de turcomanos), Uzbekistán (68,7 por 100 de uzbekos), Kirguizistán (52,4 por 100 de kirguizios) y Kazastán.

Indonesia es el mayor país musulmán del mundo y tiene el mismo número de fieles que la totalidad de los países árabes, es decir, 200.000.000. Los indonesios representaban a principios del siglo XX el 50 por 100 de los peregrinos que acudían a La Meca. A pesar de su situación geográfica con respecto al corazón del mundo islámico no se sienten marginados sino que se han visto a sí mismos como una base avanzada del «frente islámico» frente al comunismo asiático y a un Japón «americanizado».

En Afganistán encontramos el centro de la épica guerrillera islámica de los últimos años. Los guerrilleros —*muyahidin*— que combaten la dictadura de Najibullah, dan formación militar en sus campamentos de Peshawar (Pakistán), a sus correligionarios de otras latitudes pero de idéntica fe, entre ellos a militantes del Frente Islámico de Salvación (FIS) argelino (21).

Pakistán es indudablemente un país clave a la hora de hablar del Islam. Para empezar es el segundo país musulmán del planeta con sus más de 100.000.000 de habitantes. Desgajado de la Unión India para organizar su vida conforme a las directrices del Islam, millones de personas dejaron todo para trasladarse desde la India a este territorio. A esos musulmanes que huyeron desde la India se les conoce por *muhacir*, el mismo nombre que se les daba a los musulmanes que se trasladaban a Turquía conforme territorios de Rusia, Austria, o de los Estados balcánicos iban cayendo, ante la decadencia otomana, en manos cristianas. Desde el año 1947 ha librado tres guerras con su vecino por el territorio de Cachemira. La guerra del año 1948 dividió este territorio entre un 65 por 100 en manos indias y un 25 por 100 en manos paquistaníes.

(20) SOURDEL, D. *Op. cit.*, p. 120.

(21) BARRY, MICHAEL. *La resistance afghane*. París, Flammarion 1989.

En la India, Cachemira es el único Estado donde los musulmanes son mayoría. Srinagar, la capital de la parte de Cachemira, bajo control de las autoridades de Nueva Delhi, fue escenario principal de la revuelta separatista del año 1990 que, desde entonces y hasta enero del año 1992, ha causado ya más de 3.600 muertos. El Frente de Liberación de Jammu y Cachemira mantiene desde aquel año la revuelta; Pakistán apoya a los rebeldes pero actúa con prudencia para evitar un nuevo enfrentamiento con su vecino. La última de las tres guerras, la del año 1971, llevó a la pérdida de la provincia oriental paquistaní que se convertiría en Bangladesh.

Malaisia, con un 50 por 100 de su población abrazando el Islam, donde está prohibido el empleo del término Islam en las campañas electorales por el efecto decisivo que tiene para la movilización de los votos; Birmania —hoy Myanmar— donde encontramos la activa guerrilla de los *rohingya* (musulmanes que combaten al Ejército); Bangladesh, el 60 por 100 de la población del Sultanato de Brunei; el 10 por 100 de la población de Mongolia, Tailandia; etc. En la República Popular China los musulmanes representan el 2 por 100 de la población total y son mayoría en la región de Sinkiang. Y llegamos incluso hasta los Archipiélagos del océano Pacífico, comenzando por las Filipinas donde el Frente Moro de Liberación Nacional continúa una lucha que ya existía en los tiempos del rey Felipe II.

El islamismo en Occidente

En enero del año 1992 el pueblo francés de Saint-Leger-de-Fourgeret ha sido escenario de la inauguración de la primera universidad islámica de Europa, la cual no se destina prioritariamente a las comunidades de inmigrantes musulmanes en Francia —cifrados en unos 3.000.000— sino a favorecer el crecimiento de un «Islam europeo». Se inscribe en la estrategia moderada y modernizadora de patente saudí que también ha levantado en Madrid un importante centro islámico del que destaca una gran mezquita con capacidad para 800 hombres y 200 mujeres; cuando se inaugure será el mayor centro islámico del mundo occidental y según los medios de comunicación su construcción ha sido posible gracias a la aportación de unos 2.000.000.000 de pesetas hecha por el rey Fahd de Arabia Saudí. Otra de las grandes mezquitas españolas, la de Marbella, se ha construido también, según idénticas fuentes, gracias a la financiación de 300.000.000 de pesetas hecha por el príncipe saudí Salman Abdulaziz. Estos son dos ejemplos, los más próximos a nosotros, del proselitismo islámico en Occidente.

El «Islam francés» es el más poderoso de Europa y constituye ya la segunda religión del país; hoy hay censadas en Francia un millar de mezquitas. La más importante de todas es la Gran Mezquita de París cuyo control se lo disputan países como Arabia Saudí, Argelia, Marruecos, Túnez y la propia Francia. Hoy y desde el año 1982 es el Gobierno argelino el que la controla corriendo con sus gastos, pagando los salarios de sus imames y nombrado a su rector. La Gran Mezquita fue construida en el año 1920 por los franceses como agradecimiento a los pueblos norteafricanos por su sacrificio durante la Primera Guerra Mundial. Los musulmanes, a diferencia de católicos, protestantes y judíos, no tienen representantes oficiales ante el Gobierno francés y esa función es asumida por el rector de la Gran Mezquita de la capitán gala.

Este es hoy Teyimi Hadam, miembro del Alto Consejo de Estado de Argelia, el órgano que dirige los destinos del país magrebí desde la interrupción del proceso democrático en enero del año 1992.

En el año 1990 el Gobierno francés creó el llamado Consejo de Reflexión sobre el Islam en Francia (CORIF), un órgano establecido por el Ministerio del Interior para alumbrar un «Islam galo» y para librar al mundo islámico francés de sus tutelas extranjeras.

Recuérdese que el peligro más grave que amenaza a las minorías musulmanas está constituido por el riesgo de asimilación. Por ello los islamistas harán seguramente todo lo posible, y así lo afirma el islamólogo francés Bruno Etienne, para impedir la integración de sus correligionarios en Europa acelerando con ello la formación de minorías (22).

Es precisamente este último punto en el que queremos insistir. Aparte del proselitismo que pueda hacerse —en España hay unos 2.000 musulmanes de origen español— lo que hay que destacar es la realidad de una inmigración musulmana en Europa que rechaza la «integración» y reivindica la «inserción» en las sociedades de acogida para conservar con ello todas sus costumbres. En Francia muchos de los inmigrantes tienen la firme intención de permanecer en este país y no piensan ya en regresar a sus lugares de origen. Encontramos así el fenómeno de la segunda e incluso de la tercera generación que obliga a pensar en ese Islam europeo permanente.

El enrarecimiento de la convivencia es una realidad y ha tenido unos hitos en estos últimos años que vamos a enumerar. Ya hemos aludido con anterioridad a la llamada «guerra del velo» que tuvo como protagonistas al

(22) ETIENNE, BRUNO. *L'Islamisme radical*. Paris, Hachette, 1987, p. 277.

modelo educativo republicano francés y a unas niñas musulmanas en el año 1989; dio pie a un vivo debate en los medios de comunicación franceses. Los críticos con respecto a la actuación oficial francesa hablaban de intentos de colonizar a los huéspedes obligándoles a integrarse, algo que chocaría con discusiones similares en la vecina Bélgica, país en el que en junio del año 1991 se produjeron violentos disturbios, de varios días de duración, en sus barrios musulmanes.

En el Reino Unido, país que cuenta con unos 2.000.000 de musulmanes. Ha sido la publicación de la novela de Salman Rushdie *Los versos satánicos* y la posterior condena a muerte del escritor por parte del imam Jomeini, lo que ha contribuido a crear un enrarecimiento en algunos aspectos. En febrero del año 1992 el escritor cumple su tercer año de cautiverio voluntario para huir de las amenazas integristas. La comunidad musulmana en el país ha debatido mucho un tema que no está olvidado si tenemos en cuenta que, en fechas tan recientes como el verano del año 1991, era asesinado el traductor al japonés de la novela pocos días después de que fuera herido gravemente el traductor al italiano.

No queremos olvidar aquí a aquellos que, aunque geográficamente europeos, han tenido que esperar hasta tiempos muy recientes para entrar en la casa europea que se está diseñando; nos referimos a los pueblos de la Europa del Este.

Aquí hay que hablar de la modernización impuesta por las autoridades soviéticas tras su llegada al poder en el año 1917, política que percibió al Islam como un obstáculo y planificó por ello su erradicación. También cabe citar a los musulmanes albaneses, que han visto reabrirse sus mezquitas en abril del año 1991 tras casi 50 años de persecuciones; o a los acosados turcos de Bulgaria, el 12 por 100 de la población total del país; o a la presencia musulmana en Bosnia-Herzegovina, región en la que durante los últimos 50 años ha habido una coexistencia pacífica entre musulmanes, serbios y croatas, un mestizaje que ha enriquecido mucho su cultura; o a alrededor de 10.000 musulmanes que habitan en la región meridional serbia de Sandzak; etc.

Yugoslavia es hoy el Estado europeo donde mejor se reflejan todo un cúmulo de contradicciones. Antes de fundarse en el año 1918, la hoy Yugoslavia en extinción estuvo dominada durante siglos por austro-húngaros, en el norte esloveno y croata, y por turcos en el sur serbio-bosniaco, incluyendo Macedonia (hasta mediados del siglo XIX los serbios sufrieron el yugo otomano). En el año 1968 el Gobierno federal permitió a los musulmanes de Bosnia-Herzegovina registrarse como «nacionalidad» y más

tarde permitió también a algunas personas de otras repúblicas que profesaban la fe musulmana optar por esta «nacionalidad» si así lo deseaban. Turquía ha vigilado atentamente en los últimos tiempos el surgimiento de las influencias políticas austro-húngaras al norte y, sobre todo, tras la victoria electoral de Suleimán Demirel, se ha lanzado a restaurar su protagonismo al sur de Yugoslavia.

Las repúblicas de mayor tradición otomana son la Bosnia de mayoría musulmana y Macedonia, en la que más del 5 por 100 de la población es turca. La alianza de Turquía con una Macedonia independiente preocupa a Atenas por su previsible alianza reivindicativa de las minorías eslavas macedonias en el norte de Grecia y de los musulmanes turcos de Tracia.

Uno de los principales motivos de tensión entre Grecia y Turquía ha sido la cuestión de Chipre, de referencia obligada en este epígrafe. El 40 por 100 de la población de la isla es musulmana de origen turco y Ankara se escudó en ella para invadir la parte septentrional de la isla en el año 1974 creando un Estado que nadie aparte de Turquía reconoce.

Las organizaciones del proselitismo

El proselitismo, que distingue a los musulmanes de los judíos, es esencia misma del Islam y su contenido es pacífico, como pacífico es también en principio la idea de *yihad*, es decir, la de esfuerzo por expandir la verdadera fe por toda la Tierra. Atrás quedaron ya las expansiones históricas del siglo VII cuando, como nos recuerda Bernard Lewis, no parecía haber ninguna razón para dudar de que la propagación del Islam por todo el mundo se produjera en un futuro cercano dadas las victorias de sus ejércitos sobre los mayores imperios de la época, Persia y Bizancio (23). Atrás quedan también teorías como la de los tres círculos del presidente Nasser abarcando en primer lugar al mundo árabe, seguido a continuación por el mundo africano —al que se trataría de devolver al seno del Islam— y culminando con el mundo musulmán «de allende los continentes y los océanos» (24). El proselitismo de hoy confía, como decíamos más arriba, en una visión moderna de *yihad* y en sus aspectos constructivos y pacíficos y tiene a su favor una enorme vitalidad demográfica pues no hay que olvidar que en un cuarto de siglo, entre los años 1954 y 1979, la población musulmana del mundo se ha duplicado.

Por otro lado su difusión en Asia o en África es sencilla por la facilidad con la que se adapta a las diversas tradiciones culturales. Aporta una fe y una

(23) LEWIS, B. *Op. cit.*, p. 131.

(24) MARTÍNEZ, MONTÁVEZ PEDRO. Nasser y el panarabismo. Madrid, *Cuadernos Historia* 16, núm. 173, 1985, p. 15; y PAYNE, R. *Op. cit.*, pp. 323 a 326.

ética y no prescribe modo alguno de organización sociopolítica. Los ideales que transmite son de fraternidad y solidaridad, de equidad y de justicia. La ideología islamista pone el acento en la vocación liberadora del Islam. A pesar de lo imprecisas que suelen ser las estadísticas sobre este continente, en el año 1986 se estimaba que los 500.000.000 de habitantes con que contaba África la mitad eran musulmanes, repartidos a partes iguales entre el África Septentrional o Blanca y el África Subsahariana o Negra.

Históricamente el auge misionero de carácter cristiano durante el siglo XIX en el mundo árabe provocó el surgimiento de movimientos idénticos pero de carácter musulmán. Esta idea de misión se desarrolló en todo el mundo musulmán durante la primera mitad del siglo XX y así, el surgimiento de la Asociación de los Hermanos Musulmanes —creados por un maestro y predicador, Hassan al Banna—, respondía a una necesidad de apostolado en Egipto.

Vamos a referirnos en este apartado final a la orgánica del proselitismo actual en el mundo. Hay que hablar en primer lugar de la OCI, la única Organización internacional gubernamental hoy existente en el mundo de carácter islámico, creada por el rey Faisal en el año 1969, atendiendo a una llamada hecha poco antes por el presidente de Somalia, Abdul-Lah Ozman, durante la sexta reunión del Congreso Islámico Universal, celebrado en Mogadiscio en el año 1965. Las bases se pusieron en la Cumbre de jefes de Estado árabes de Rabat (22 a 25 de septiembre del año 1969) celebrada para protestar por el incendio de la mezquita Al Aksa de Jerusalén el día 21 de agosto de ese año. Se creó formalmente en el año 1971 con los nombres de Organización de la Conferencia de la Solidaridad Islámica, o simplemente, Conferencia Islámica (25).

Su sede es Jerusalén pero temporalmente, hasta que las circunstancias lo permitan, están en la ciudad saudí de Yedda donde se encuentra su Secretaría permanente, dirigida por un musulmán de cualquier país elegido entre sus miembros. En la actualidad está formada por más de 46 miembros entre los que se encuentra la OLP y, como observadores, el Frente Moro de Liberación Nacional filipino, y el Estado federado turco de Chipre. Sus objetivos consisten en propagar el Islam y cooperar entre sí contribuyendo los países más ricos al desarrollo de los menos avanzados. Desde su fundación trata de restaurar el Congreso Musulmán Mundial que naciera del Congreso Panislámico de Jerusalén, celebrado en el año 1931. Con los mismos objetivos que aquél la OCI tiene, en principio, medios más eficaces

(25) FRADE, FERNANDO. *El Islam y su cuna*. Madrid, sin editorial, 1981, p. 171.

por tratarse de una Organización intergubernamental. La OCI ha celebrado recientemente, en diciembre del año 1991, su última cumbre, la sexta, en Dakar (Senegal).

Ésta ha sido la primera celebrada en toda su historia al sur del Sáhara, en un país que tiene más de un 80 por 100 de población musulmana. En ella se ha puesto de manifiesto la fuerte división creada en el mundo islámico por la guerra del Golfo. No acudieron a Dakar los presidentes Mubarak y Hafez el Assad —Egipto y Siria tomaron parte activa en la coalición antiiraquí— y sí lo hizo el iraní Alí Akbar Hashemi Rafsanyani. También han fallado los principales líderes de los países africanos y asiáticos. Ante este frío en lo político la agenda de las sesiones se ha centrado en temas económicos y sociales (Arabia Saudí ha anunciado la condonación de la deuda para los países mulsumanes menos desarrollados y se ha incrementado el capital del Banco Islámico de Desarrollo).

La cumbre ha admitido como miembro a Azerbaiyán y como observador a Albania, y los ministros de Asuntos Exteriores han respaldado las conversaciones de paz de Oriente Medio iniciadas en Madrid y continuadas en Washington. Dadas las tendencias tan divergentes que existen dentro de la Organización la prudencia es exquisita a la hora de elaborar la agenda, y así, en la reunión de ministros de Información de la OCI, iniciada el 15 de enero del año 1992 en El Cairo, se excluyó toda referencia a las medidas tomadas entre la victoria electoral lograda por el FIS en Argel. Como afirma Alí Merad, la OCI constituye un vasto conjunto geopolítico y cultural de regímenes antagonistas que difícilmente juega un papel unificador (26).

El proselitismo de origen saudí apoya con dinero iniciativas de orden económico pero también diplomáticas y religiosas, estas últimas respondiendo a la necesidad de apostolado a la que antes nos referíamos. Este país es sede de la Liga Islámica Mundial, potente instrumento de propagación de la ideología política y religiosa del poder saudí, creada en mayo del año 1962 en La Meca. Este órgano, el más importante para difundir la doctrina por todo el mundo, tiene como finalidad principal traer el renacimiento de la *Umma*. Como organización de carácter conservador que es, ha sido, utilizada para contrarrestar el islamismo proiraní. La Liga es la decana de las asociaciones de apostolado de la *da'wa* (llamada) que proliferan en los últimos tiempos por todo el globo.

Establece centros islámicos en todo el orbe y centraliza la concesión de becas para el estudio de la religión y del derecho musulmán a personas que luego, como predicadores, llevarán el Islam a todos los rincones. En España

(26) MERAD, A. *Op. cit.*, p. 123.

ha impulsado la construcción de mezquitas como las de Madrid y Marbella. El Consejo Continental para las Mezquitas en Europa aporta dinero saudí para fundar centros de culto y dotarlos de personal y de material.

Sin abandonar Arabia Saudí no debe olvidarse que éste país acoge las masivas peregrinaciones anuales de fieles a las dos ciudades santas que alberga, y que estos acontecimientos sagrados permiten encuentros informales entre dirigentes de todo el mundo islámico en un ambiente propicio. El régimen saudí se erige asimismo en portavoz de la campaña permanente pro Al Qods, nombre árabe de la tercera ciudad santa del Islam, Jerusalén, una campaña de gran importancia por el impacto anímico que la ocupación israelí de la ciudad provoca en las poblaciones musulmanas. A nivel nacional el órgano encargado de la propaganda islámica es el Ministerio de la Peregrinación y de las Fundaciones Religiosas.

En la línea de la *da'wa* existe una importante red de organizaciones como son: la Oficina Indonesia de la Misión, creada en mayo del año 1967; la Federación Mundial de Misiones Islámicas, con sede en la ciudad paquistaní de Karachi; el Departamento de Misiología Islámica de la Universidad egipcia de Al Azhar; la Misión Islámica de Occidente, creada en Chicago en el año 1975; etc. El primer Congreso Mundial de la *da'wa* Islámica tuvo lugar en Jartum (Sudán) en marzo del año 1981. La *Jama at ul Tabligh* (Sociedad para la Propagación Islámica) es una asociación privada de predicación, de vocación internacional, creada en el año 1927, ubicada en la India, con ramificaciones en Occidente —*Foi et Pratique* en Francia— y financiada por Arabia Saudí.

La Sociedad de la Llamada Islámica Mundial, con sede en Trípoli (Libia), fue creada en el año 1970, al año siguiente del golpe de Estado que llevó a Muammar el Gaddafi al poder, y ha celebrado su IV Congreso en la capital libia en septiembre del año 1990. Desde sus órganos de propaganda —la revista *Rissalat al-Jihad* y el periódico *Al Daawa al-Islamia*— se denuncian campañas de evangelización cristiana en África y el mundo árabe, o las acciones de los imperialistas para continuar la labor que se inició con las Cruzadas. Gaddafi instauró al llegar al poder una república de carácter islámico que mantuvo mientras contó con abundantes fondos. Con la crisis, vino la ruptura con los hombres de religión a los que desafió adoptando una posición herética: decidió que sólo el Corán y no la sunna era fuente de legitimidad religiosa. Abolviendo la sunna se libraba de sus intérpretes.

Sudán aparece en la actualidad como uno de los focos desde donde se irradia islamismo, en este caso de carácter revolucionario. Gobernado por el régimen militar del general Bachir, que ha instaurado la *sharia* y ha

concluido una alianza con Irán durante la visita de Rafsanjani a Jartum en diciembre del año 1991. Los Hermanos Musulmanes y el Frente Nacional Islámico son las principales Organizaciones del país. Jartum es la sede del Congreso Islámico Mundial, internacional integrista que aglutina a islamistas y a baazistas, y que parece entrenar a grupos insurreccionales, hecho que ha provocado la alarma en países como Egipto y Túnez.

Las difíciles relaciones con Occidente

Agravada por la reciente guerra del Golfo, se asienta en el mundo occidental la imagen de un Islam que aparece como causa de todos los peligros que nos acechan en el nuevo período histórico que se nos abre. Según el islamólogo francés Claude Liauzu «el Islam es la única cultura del Tercer Mundo que parece oponer un modelo total al nuestro: el Islam es la antítesis de nuestro mundo (27)». Así, la tendencia de los medios de comunicación occidentales a mostrar el espectro de Oriente, lo violento del Islam —las celebraciones religiosas shiítas, la proliferación del uso del chador, la realidad violenta de la Intifada—, junto con realidades xenófobas en Europa, reorientaciones defensivas y nuevas percepciones de amenaza en la OTAN, o la formación de bloques y alianzas como la que combatió a Sadam Hussein, son percibidos como nuevas humillaciones por los fieles musulmanes

El impacto de la guerra del Golfo

A partir del día 2 de agosto del año 1990 hay una sucesión de acontecimientos que podemos resumir así: tropas iraquíes invaden Kuwait; días después el régimen de Bagdad proclama la anexión escudándose en discutibles derechos históricos; ante la presión occidental y la amenaza de aplicar medidas militares las fuerzas iraquíes toman rehenes occidentales para servirse de ellos como escudos humanos; las fuerzas invasoras violan misiones diplomáticas y el *status* de su personal en Kuwait; Sadam Hussein anuncia su intención de servirse de todo tipo de armas, incluidas las de destrucción masiva, para defenderse de un ataque de las Fuerzas multinacionales. Esta acumulación de violaciones supusieron un serio reto para la Organización de las Naciones Unidas, para la que dejar pasar un hecho tan grave como la anexión de un Estado por otro sin reaccionar hubiera supuesto su fin como Organización y un grave precedente de

(27) LIAUZU, C. *Op. cit.*, p. 10.

violación impune del Derecho internacional. Irak por su parte no había valorado suficientemente la capacidad de reacción de la ONU, recogida en el capítulo VII de la Carta de San Francisco.

Los países árabes han suscrito la Carta y reconocen los principios básicos de la Organización. No obstante, y como ya hemos visto a lo largo de nuestra exposición, hay ciertos conceptos sobre los que descansa el Derecho internacional que son extraños a su universo cultural, a saber: el concepto de Estado soberano, la frontera geográfica, la construcción federal de una sociedad internacional, los derechos del hombre laicos e idénticos para todos, etc. En un determinado momento, cuando las obligaciones emanadas de una resolución internacional y las contenidas en el Libro Sagrado son contradictorias, aparece con todo dramatismo la necesidad de optar por una u otra.

Occidente ha ignorado tradicionalmente esta realidad cultural pero Sadam Hussein ha sabido utilizarla durante toda la crisis y luego, también, durante el conflicto bélico. El líder iraquí se ha remontado a sus elaborados discursos a la edad de oro de la cultura árabe-islámica, al Califato y a la posibilidad de resarcirse al fin de tantas derrotas y humillaciones acumuladas. Según sus argumentaciones, las operaciones militares de la Coalición multinacional no serían sino una dramática continuación de aquellos Cruzadas que en el Medievo humillaron a los ejércitos musulmanes en su propia tierra.

El presidente iraquí ha sabido llegar al sentir colectivo de las poblaciones que rápidamente han hayado al enemigo funcional, Occidente, y a sus servidores locales, los líderes kuwaitíes y en general todos los que pactan con los infieles y se apartan del camino de los buenos musulmanes.

La mayor crítica hecha por los islamistas a éste reciente paréntesis violento se ha dirigido a la desunión de los musulmanes. Si ya en la época de las Cruzadas fue esta división la que en gran medida permitió a los cruzados ocupar toda la región de Oriente Próximo y permanecer en ella durante dos siglos, la historia parece repertirse de nuevo: «la desunión pone directamente en peligro el Islam, pues enfrenta entre sí a los ciudadanos de un mismo país y a los países de una misma comunidad. Para mayor beneficio de Occidente» (28).

Desde la perspectiva islamista esa división ha permitido entre otras cosas la creación y la supervivencia del Estado de Israel, ha permitido y

(28) KASSAB, MOHAMMED YACINE. *L'Islam face au nouvel ordre mondial*. Alger, Editions Salama, 1991, p. 6.

permite que 5.000.000 de palestinos sigan sin encontrar una solución justa a sus demandas, hace que el petróleo —un castigo más que una bendición pues contribuye a dividir el mundo islámico entre los que derrochan y los que necesitan— siga sin redundar en beneficio de las poblaciones más deprimidas de la *Umma* y que, además, mantenga una situación permanente de tensión respecto a los territorios del Islam, dada su importancia estratégica para las economías occidentales.

El mundo occidental aparece como el gran conspirador, como la fuerza oculta responsable de todos los males, la que azuza a sus enemigos de fe a combatirse entre sí en una cruel guerra de desgaste: según esto habría estado detrás de la guerra entre Irán e Irak, un enfrentamiento entre las principales potencias del momento en la región. Desde su posición de control prácticamente absoluto impone un doble rasero a la hora de aplicar las normas jurídicas internacionales. Los pueblos musulmanes, que han llegado tarde a este Derecho internacional, sólo podrán verlo como propio si algún día se aplica a todos por igual y en su integridad.

La manipulación occidental es ya tal, siempre desde la perspectiva de los islamistas, que ha llegado hasta los círculos religiosos: días antes de desencadenarse el conflicto se reunió en la capital saudí un Consejo Popular Islámico que, al considerar a Sadam ateo y apóstata, posibilitaba la invocación de una *yihad* contra él. Paralelamente, pero en Bagdad, una conferencia popular Islámica, que reunió a 500 participantes, admitió la legitimidad de la *yihad* contra los agresores occidentales no musulmanes. Las asociaciones de ulemas de Argelia y de Marruecos dictaminaron por esas fechas la prohibición de establecer cualquier alianza entre musulmanes y no musulmanes que perjudicara a otro musulmán (Irak). Ambas hicieron llamamientos a Irán, Turquía y Pakistán para que no dejaran que su suelo fuera utilizado para atacar a un pueblo hermano musulmán (29).

La invasión del pequeño Emirato y las reacciones posteriores han demostrado la decadencia en que se encuentra sumida la *Umma*, un mundo impresionante por el número de fieles pero aprisionado por sus contradicciones.

Al omnipresente Occidente se le percibe como causante último de las lácras económicas y políticas. Esquematisando mucho los islamistas ven que en el nuevo orden mundial nada va a cambiar sustancialmente: Occidente seguirá detentando la tecnología, los medios de comunicación, el control en suma del mundo. Los musulmanes, cada vez más divididos y amenazados, asisten impotentes a los continuos ataques que contra ellos se dirigen,

(29) KASSAB, M. Y. *Op. cit.*, p. 150.

agresiones no sólo armadas o económicas, sino que también, y esto es muy importante resaltarlo, afectan al terreno de las creencias y de la dignidad de los pueblos.

Los árabes han percibido esta guerra como dirigida contra el mundo árabe —y ello a pesar de que haya habido árabes que se han combatido entre sí— y la derrota ha sido por tanto una derrota árabe; se ha puesto también de manifiesto que el viejo colonialismo sigue tan vivo como siempre; durante la guerra ha crecido el sentimiento de pertenencia a una comunidad y se ha demostrado que, a pesar de que desde el Norte se haya hablado de la muerte de las ideologías —Francis Fukuyama—, el panarabismo es una ideología aún viva. El conflicto habría puesto de manifiesto también la necesidad de desarrollar, hoy más que nunca y por encima de la atávica división impuesta, la idea de la unidad árabe. Ésta debe de construirse desde la base —partidos políticos, sindicatos, movimientos islamistas—, al margen de los círculos oficiales, donde se perpetúa la división por intereses económicos, políticos o estratégicos divergentes o antagónicos.

Según el islamólogo francés Olivier Roy «la crisis endémica del mundo árabe y musulmán puede cristalizar en una síntesis entre islamismo y nacionalismo árabe, uniendo el en mismo combate a militantes islamistas, mollahs apolíticos, comunistas y baazistas, llegando a lograr aquello que ni Jomeini ni Sadam habían sabido lograr hasta ahora» y añade que «la brecha cultural y psicológica crece entre el Norte y la fracción del Sur constituida por el mundo musulmán» (30).

El muro de la incomprensión

Claude Liauzu nos recuerda en su obra *L'Islam de l'Occident* como la civilización musulmana, por brillante que haya podido ser, se ha estudiado y se estudia sólo como correa de transmisión entre la antigüedad clásica y la modernidad occidental más que en su lógica propia. Desde hace varios siglos el mundo musulmán parece no tener historia y se reduce a una crónica de luchas intestinas, de pulso estratégico en el escenario mediterráneo, de historias de piratas berberiscos, de administración otomana y de decadencia. En este marco la empresa colonizadora europea es analizada como un fenómeno natural (31).

El analista musulmán Asaf Hussain pasa revista en su obra *Western Conflict with Islam. Survey of the Anti-Islamic Tradition*, a todo un largo proceso

(30) ROY, OLIVIER. «Les mouvements islamistes a l'épreuve de la guerre du Golfe» *Revue du Monde Musulman et de la Méditerranée* (Aix-en-Provence) Mars 1991, p. 74.

(31) LIAUZU, C. *Op. cit.*, p. 111.

histórico del análisis occidental del «otro», del musulmán y su mundo. Según este autor, que publica su obra en plena crisis del Golfo (1990), los estudios se caracterizan por la difamación religiosa, la superficialidad de los informes académicos, la propaganda y la desinformación, males todos ellos que han perdurado durante siglos. Ya en la Edad Media se distorsionaban los estudios desde el momento en que para explicar las fuentes del Islam —el Corán y el Hadith— se recurría no a éstas directamente, sino a lo que los cruzados y otros occidentales opinaban sobre ellas.

Siglos después, en el XVIII y en el XIX, Occidente conocía a Oriente a través de la narraciones de viajeros, exploradores y espías como Richard Burton, quienes, en opinión de Hussain, iban preparando el terreno para la dominación colonial posterior. El surgimiento del orientalismo como disciplina de estudio estaría destinado a legitimar las conquistas, perpetuando para ello dogmas como:

- La diferencia entre el Occidente civilizado y el Oriente inferior.
- La incapacidad endémica de Oriente para autodefinirse y autogobernarse sin ayuda exterior.
- La necesidad de temer a Oriente y de controlarlo.

Junto a la presencia militar se aseguró una presencia cultural y religiosa, llamadas ambas a ayudar a estas sociedades a superar su atraso. Estas se reflejaron en universidades, hospitales y órdenes religiosas cristianas que se desplegaron en los dos últimos siglos por la geografía del Islam.

Mientras, en el propio Occidente, se seguía dando una imagen tergiversada de ese mundo musulmán perpetuando lo que Hussain califica de pensamiento colonial. Esto tiene su reflejo en la actualidad cuando se favorece a Israel y se brutaliza a los árabes —describe como las imágenes ofrecidas y el mensaje que las acompaña justifica ante los ojos del público hechos como la invasión israelí del Líbano en 1982—, cuando se busca secularizar al Islam separando religión y política, al modo occidental, y destruyendo la idea de *Umma al Islamiia* con la propagación de modelos occidentales: partidos políticos, parlamentarismo, democracia, socialismo, nacionalismo, etc.

Conclusiones

Hemos observado a lo largo de nuestra exposición cómo el integrismo islámico es percibido hoy, desde Occidente, como la nueva amenaza una vez que el comunismo ha dejado de serlo. Tal percepción es debida principalmente al desconocimiento de esta realidad política, religiosa y social.

El mundo islámico ha sufrido dos importantes quiebras que explican en gran medida espasmos de las características del integrismo islámico o islamismo, a saber: el cisma entre sunnitas y shiitas a raíz de la muerte de Alí, que origina esa visión dramática y rebelde del Islam que es la shiia, y la realidad dolorosa del colonialismo y sus secuelas económicas (crisis del desarrollo), políticas (falta de democracia), culturales y psicológicas (choque entre dos universos religioso culturales). Así, el éxito del islamismo se explica más en función de estas lacras heredadas que por el hecho de constituir una alternativa real de poder; de hecho los partidos y movimientos de carácter islamista adolecen de programas elaborados para las sociedades que aspiran a dirigir. Presentan al Islam, o mejor, su visión particular del Islam, como simple respuesta frente a los injertos occidentales, como relleno para cubrir ese vacío de poder que líderes como Sadam Hussein han tratado de llenar, como asidero que saque a estas sociedades de la decadencia en la que se encuentran sumidas.

El integrismo islámico como corriente se ha desarrollado a través del presente siglo como rechazo a las nuevas ideologías presentes en el mundo árabe en ese tiempo. Ideologías ajenas, intentos de laicización de la vida pública y problemas estructurales en lo económico han impulsado al integrismo. Las sucesivas guerras contra Israel, saldadas todas ellas en derrotas humillantes, han avivado aún más el fuego y hemos asistido a algunas manifestaciones violentas de este integrismo.

En tiempos de crisis cultural colectiva la probabilidad de que se produzca la exacerbación de tensiones es muy alta. Eso es lo que ocurrió durante la guerra del Golfo. Un jefe de Estado laico como Sadam Hussein se convirtió de la noche a la mañana en un consumado militante islámico pregonando la *yihad*. Para sorpresa de muchos occidentales su llamada encontró una recepción favorable entre las poblaciones del mundo árabe-musulmán.

Esas poblaciones que perciben que hay una responsabilidad occidental detrás de su situación de dependencia económica, cultural y política y detrás, también, de su frustración por la irresolubilidad del problema palestino. Occidente se vio apoyado por parte del mundo árabe, pero fundamentalmente por regímenes y no por pueblos. Éstos, moviéndose más por impulsos emocionales que por impulsos materiales, vieron en la bandera islámica que de forma escandalosamente interesada acabó enarbolando el líder iraquí un pabellón que, además de ser propio, ofrece la salvación a quienes no conocen sino una realidad cotidiana caracterizada por crisis económicas y crisis culturales y sociales derivadas de la puesta en práctica de modelos ajenos.

Desde el siglo XVIII venimos asistiendo a una mundialización de las sociedades, a una creciente interdependencia que está encontrando respuestas que buscan reafirmar la singularidad de aquéllas. Esas respuestas son los nacionalismos y los integrismos. Por lo que respecta a estos últimos observamos su plena actualidad: integrismo o fundamentalismo cristiano en los Estados Unidos, en Polonia o en Irlanda; integrismo judío en el Estado de Israel; integrismo islámico o islamismo, mostrando su influencia bien por la fuerza —Irán—, bien por la vía electoral en países como Argelia, Egipto, Jordania, Sudán o Kuwait.

El islamismo triunfante hoy insiste en adoptar métodos pacíficos y, aparte de intervenir en el juego electoral, participa en la creación de empresas o de medios de comunicación y teje pacientemente sus redes de proselitismo no sólo en el marco fácil de la mezquita, sino en los centros de trabajo, en los hospitales, en la vida cotidiana de los ciudadanos.

Dado que se ha planteado como una respuesta a la crisis de la modernidad —tanto a la occidentalizadora iraní del Sha como a la socializante del FLN argelino— su influencia sólo podrá ser contrarrestada si se atacan con éxito las causas que han provocado su expansión. Si como hemos visto Occidente es calificado con frecuencia como el gran culpable también puede contribuir a ser un importante artífice de su solución. Para ello su acercamiento al mundo islámico debe pasar no sólo por la cooperación económica, técnica financiera e incluso política, sino también por un profundo e imprescindible acercamiento cultural.

Las ideas contenidas en este trabajo son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen necesariamente el pensamiento del IEEE, que patrocina su publicación.